



Carlos Frontaura

Cuadros y semblanzas infantiles en prosa y verso

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Carlos Frontaura

Cuadros y semblanzas infantiles en prosa y verso

Amor maternal

¡Alma mía! ¡vida de mi vida! ¡gloria de mi corazón! ¡rey del mundo!

No hay que preguntar quién pronuncia estas palabras; es una madre, una madre que está mirándose en su hijo, en su gloria.

-¿Quiere V. mucho a su hijo? le pregunté.

-Se conoce que V. no los tiene, me contesta, [6] porque si los tuviera no me haría esa pregunta.

-Es verdad; perdone V. que se la haya dirigido. Preguntar a una madre si quiere a su hijo es casi hacerle un agravio.

-Pues si este hijo es mi gloria, si es mi alma, si es mi vida.

-El amor maternal es el amor de los amores.

-¡Ah, señor! Eso no se sabe hasta que se siente. Mire V., yo era hace dos años una muchacha alegre, aturdida, burlona, que me reía de todo, que me enfadaba oír llorar un niño, que maldita la gracia que me hacían los que veía, y con tan poca habilidad para acariciarlos, que ni sabía decirles una palabra de cariño, ni tenía arte para hacerles reír, sino, por el contrario, en cuanto me acercaba a ellos ya estaban llorando desesperados, y no había medio de callarlos mientras me veían a su lado.

-¿Y ahora?

-Ahora, ahora soy otra mujer; ya ve V., soy madre.

Dijo esta frase aquella mujer con tan dulce y tierno acento, con tan encantadora sencillez, que su voz penetró en mi corazón y me conmovió profundamente. [7]

-Y buena madre, añadí.

-¡Buena madre! Pues qué, ¿puede haber madres malas? Yo soy una madre como todas, ni más ni menos; pero no peor que otras, no. Una mujer, en cuanto es madre, tiene ya

obligación de ser buena, y si no lo fuera sería ingrata para con Dios, que ha depositado en ella un ángel, y le ha encomendado su vida, su bien, su alimento, su cuidado. ¿Cómo puede prescindirse de esta sagrada obligación? ¿Cómo se puede dejar de corresponder a lo que es la voluntad de Dios? ¿No digo bien?

-¡Oh! sí, habla V. con la mágica elocuencia de la virtud.

-Jesús, ¡virtud! ¿Qué virtud hay en hacer lo que se debe hacer?

-¿Y su esposo de V.?

-¡Mi pariente! ¡Pobrecito! Todos los días sale a ver si encuentra donde trabajar, pero no hay trabajo. El tiempo es tan malo... el que tiene no quiere gastar, y los pobres que no tienen otro patrimonio que el trabajo no hallan modo de ganar un pedazo de pan. Dicen que los hombres tienen la culpa de que las cosas estén muy malas, porque están desunidos, y unos son enemigos de otros, y reinan entre ellos ambiciones desatentadas, envidias [8] implacables y rencores profundos... Yo, señor, no entiendo de estas cosas, pero creo que bastaría para que todo estuviese ordenado en el mundo que los hombres cumplieren fielmente los mandamientos de la ley de Dios. Con eso solo viviríamos todos en la felicidad.

-Tiene V. razón, buena mujer.

-Mire V., mi marido y yo, tan pobres como somos, todavía no somos desgraciados, todavía no nos quejamos de nuestra suerte. Ponemos en Dios nuestra confianza y en Dios esperamos. Cuando mi marido se lamenta de la escasez que sufrimos, le digo: -«Ten paciencia, hombre; es verdad que no estamos en la abundancia, que muchos días no sabemos si podremos comer, que alguno lo hemos pasado con un pedazo de pan; pero, dime: ¿no sería, por ejemplo, mayor desgracia para nosotros que viviéramos desavenidos, que tú estuvieses lleno de ira contra mí, que yo te aborreciera, que tú no tuvieses quien compartiera tus penas ni yo a quien volver los ojos y en quien hallar consuelo? Dios no nos abandona mientras nos dé resignación y honradez; resignación para sufrir las contrariedades de la vida, y honradez para no caer jamás en la tentación de la codicia, de la envidia, [9] y poder arrostrar la pobreza con ánimo fuerte, con tranquila conciencia.»

-Estoy oyendo a V. con vivísimo placer.

-Además, le digo a mi marido, ¿cómo hemos de llamarnos desgraciados teniendo este hijo de nuestro amor, esta angelical criatura, que es nuestra esperanza? Desgraciados seríamos si le perdiéramos, si Dios nos le arrebatase, aunque tuviéramos la más cuantiosa fortuna, los mayores honores de la tierra. Entonces si que tendríamos razón para llorar, para desesperarnos. ¡Hijo mío! No sabe V. lo que he sufrido con él. El pobrecito ha nacido tan débil, que he tenido que hacer milagros para conservar esta vida que amenazaba apagarse al menor soplo de aire... ¡Cuántas noches he pasado en vela, teniéndole en mis brazos dándole calor con mi cuerpo... y el pobrecito frío como la nieve, respirando apenas, casi muerto!... ¡Ay, señor! Cuando yo vaya a morir, no sentiré angustia igual a la que sentí viendo que se me iba de entre mis brazos la vida de este hijo de mi alma. Pero Dios veía mi dolor, mi

desesperación, y salvó a mi hijo. Mírele V. qué hermoso está ahora. Pues está así por mi cuidado, porque yo no duermo, no descanso un momento, porque soy esclava de mi hijo; esclava [10] no, porque soy su madre. ¿Para qué quiero más felicidad que ésta?

Todo el día estoy pensando en él; en cuanto sea grande y estudie, porque yo quiero que mi hijo estudie y sepa y sea hombre bueno e instruido, que sea mejor que sus padres, que no sabemos nada, y por consiguiente es muy reducida la esfera en que podemos buscar recursos para la vida; pero aunque somos tan pobres, no crea V. que nuestro hijo se quedará sin educación, no señor. Mi marido y yo nos privaremos de todo para que a él nada le falte; sería un remordimiento muy grande para nosotros salir de este mundo dejando en él a nuestro hijo heredero únicamente de nuestra ignorancia. No, señor, no: hemos de ponerle en camino de ser bueno, de ser feliz, de hacer bien a sus semejantes.

Todo el día estoy pensando en esto; en el porvenir de mi hijo. Ya ve V. que no tengo tiempo para quejarme de nuestra pobreza. No sería así si no tuviera este hijo adorado; entonces pensaría en mí, sería egoísta, rebelde a los designios de la Providencia, repararía en las demás mujeres más afortunadas; compararía su halagüeña situación con la mía estrecha, y tal vez tuviera envidia... Ahora no envidio a nadie, a nadie. [11]

En aquel momento llegó el marido de la amantísima y tierna madre.

Era un hombre del pueblo, de semblante afable, y en cuanto llegó cogió al niño en sus brazos, le besó tiernamente y exclamó:

-Tenías razón, mujer mía, Dios no nos abandona. Ya he encontrado trabajo. No me querían recibir en el taller, porque hay poco que hacer, pero he suplicado tanto, he dicho que tenía un hijo, y el maestro, que acaba de perder el suyo, se ha conmovido y me ha dicho:

-Ya que no puedo hacer nada por mi hijo, lo haré por el de V. Agradezca V. a mi hijo, que está en el cielo, el pan que le aseguro a V. para el suyo.

Mucho me alegro, continuó el buen hombre, de haber hallado trabajo. Es una vergüenza que un hombre como yo, un hombre que tiene un hijo, ande por esas calles hecho un holgazán, aunque sea contra su voluntad. ¡Cuando pienso que un día que no tuve trabajo fue el día que entré en una taberna! ¡Oh! Por fortuna no entré más que una vez, y no volveré a entrar en mi vida.

El buen hombre, preocupado con su alegría y su hijo, no había reparado en mí.

Yo le expliqué cómo al pasar había oído [12] las exclamaciones de amor maternal de su digna y honrada compañera, y le referí la conversación que habíamos tenido.

-Mi mujer, dijo, es una santa, mucho mejor que yo.

-¡Hombre! exclamó ella.

-Sí, que a todos se lo he de decir. Sepa V., caballero, que yo he sido un pillastre, así como suena, pero ésta me ha hecho otro hombre, me ha hecho bueno. No he tenido poca fortuna; si ella no hubiera sido tan buena, yo habría sido peor de lo que antes era, y figúrese V. qué matrimonio tan lucido hubiera sido el nuestro. Digo, yo no sé explicarme, pero me parece...

-Habla, V. perfectamente, como un hombre de bien, como un buen marido y un padre ejemplar.

Y dejé a los dos esposos acariciando a porfía a su hijo, y llenos de contento y de satisfacción.

He aquí, pensé, un cuadro de verdadera felicidad; he aquí, cómo estos dos pobres han hallado el modo que tantos ricos y sabios no encuentran, de gozar dicha completa y verdadera, sin hacer para conseguirlo más que lo que es más fácil en este mundo; cumplir su deber. [13]

La piedra Cuento

Cuéntase que allá, en Turquía,
o donde quieran ustedes,
sucedió una vez que un pobre
fue a contar su triste suerte
y por Dios una limosna 5
a pedir humildemente
a un hombre con más millones
que un empleo pretendientes,
que un perezoso disculpas
y que un generoso huéspedes. 10
Era el rico avaro y malo,
y era más fácil que diera
un diente que una moneda,
y era el pedírsela hacerle
la mayor de las injurias 15 [14]
que sufrir un hombre puede.
Llegose humilde el mendigo,
y con palabras corteses,
y con dolorido acento,
propio del que nada tiene 20
y de la amarga miseria
todos los dolores siente,
por amor de Dios pidiole
que en su afán le socorriese

-«Apártese el holgazán», 25
contestole duramente.

-«No tengo que comer.»

-«Bueno.»

-«Me muero de hambre.»

-«Pues muérete.»

-«Corazón tenéis de roca.»

-«Váyase ya el insolente, 30
o de un palo...»

-«No amenace,
que Dios, que todo lo puede,
castiga tarde o temprano
al que a su prójimo ofende.»
Y viendo el pobre que el rico 35
intentaba acometerle,
huyó cual huye el que ve
que una fiera le acomete.
Cogió una piedra el infame,
y con torpe mano aleve 40
arrojósela al mendigo,
y quiso Dios que cayese
la piedra a los pies del pobre, [15]
sin el menor daño hacerle.
Cogiola el pobre del suelo 45
triste y silenciosamente,
guardósela, y su camino
siguió humilde, sin volverse
a reprochar su acción fea
al avaro infame, y siempre 50
juró guardarla, en memoria
de aquella ofensa patente.

Pasó tiempo; pobre el pobre
siguió pidiendo limosna,
sufriendo de la miseria 55
las calamidades todas,
y el rico, por ser más rico,
hizo una acción bochornosa,
y descubierta apresáronle,
y en una oscura mazmorra 60
pasó de mortal angustia
cruelles y eternas horas...
Al fin se falló la causa,
y por su acción vergonzosa
fue condenado a perder 65
los bienes que eran su gloria,

y a sufrir sobre un jumento,
yendo ligero de ropa,
cien azotes por la mano
del verdugo, por más honra. 70 [16]
El pueblo, que en espectáculos
de ese género se goza,
estaba con la noticia,
estaba, es claro, en sus glorias,
mucho más siendo la víctima 75
tan distinguida persona.
Y en el día señalado
para la paliza gorda,
gran concurrencia llenaba
la carrera, deseosa 80
de ver dar palos al prójimo,
como si fuera una broma.
Allí el pobre de la piedra
entre la gente curiosa
estaba; al pasar el rico 85
se le vino a la memoria
la injuria que recibió
yendo a pedirle limosna;
y del bolsillo la piedra
sacó: y la mano traidora 90
levantó para arrojársela,
mas no la arrojó; dejola
caer en el santo suelo,
y no salió de su boca
ni un insulto ni una injuria, 95
que así como Dios perdona,
el pobre perdonó al rico.
Y según cuenta la historia,
dijo lo mismo que copio
para lección provechosa 100
de las almas vengativas [17]
cruelles y rencorosas:
«Vengarme de él cuando estaba
con poder, con oro y honra,
hubiera sido locura, 105
y locura peligrosa.
Y en esta ocasión vengarme,
tirarle la piedra ahora,
que es más que yo desdichado
y de él las gentes se mofan, 110
y ni oro ni honor le quedan,
y le humilla y le abochorna
la plebe que ayer humilde

le ensalzaba aduladora,
fuera una acción inhumana, 115
inhumana y vergonzosa. [19]

La niña caprichitos

A sí llamo yo a una niña bonita, hija de mi amigo Martínez, la cual sería una niña perfecta, merecedora de los mayores elogios, si no tuviera el feo vicio de ser lo más caprichosa que pueden Vds. figurarse.

Ya sé yo que toda la culpa no es de la pobre Isabelita, porque si desde su más tierna edad su mamá hubiera tenido la previsión de combatir los caprichitos, es probable que ahora ya no tuviera caprichos Isabelita, con lo cual ella ganaría mucho, y sus padres no tendrían disgustos por ese motivo; pero, es claro, acostumbrada la niña a que se adivinen sus gustos, a que se satisfagan sus caprichos, ha creído que nada malo había en ello, y ahora ya es más difícil corregirla, sobre [20] que ella sabe muy bien que cuando su mamá la contraría alguna vez, no tiene más que hacer a esta buenísima señora alguna interesada caricia para obtener después lo que desea.

Yo, que tengo gran confianza en la casa, y profeso el más sincero afecto a los padres de Isabelita, les he hecho muchas veces observaciones, encaminadas a corregir ese carácter de su hija, que puede serle fatal en el porvenir, cuando no tenga ya en el mundo a los que hoy se desviven por satisfacer sus deseos, por darle gusto en todo; ellos atienden mis observaciones, hallándolas justas y acertadas, y me las agradecen debidamente; pero luego viene aquel diablillo con sus zalamerías, y ya no se acuerdan sus padres de mis consejos, y son satisfechos incontinenti los caprichitos de la niña, que el mejor día va a pedir a su padre una muela y él se la va a arrancar enseguida para que Isabel no se enoje.

Porque Dios sabe adónde pueden llegar los caprichitos de Isabelita, alentada, sostenida y estimulada en ese defecto por la notoria debilidad de sus padres.

Isabelita estrena un vestido, y la segunda vez que su madre se lo presenta para vestirla, ya no le quiere, ya no le gusta, y hay que [21] ponerle otro más usado, o comprarle otro nuevo, o hacer en el que desdeña reformas que no hacían maldita la falta.

Va por la calle, y todo se le antoja, obligando a su padre a hacer gastos inútiles, por lo menos, ya que no gravosos, porque el padre de Isabel, felizmente para ella, está en muy desahogada situación; y luego que obtiene todos los juguetes, todas las golosinas que se le antojan, abandona los unos y no quiere las otras, porque ya desea cosas nuevas, con las que hará después lo propio.

Llevar a visitas a Isabel tiene también sus peligros, porque con su acostumbrada intemperancia, antójasele cualquier cosa ajena, y, eso sí, no se muerde la lengua para decir lo que siente; la niña es franca, o mejor dicho, descarada en demasía. Y figúrense Vds. el

bochorno de sus padres al oír la manifestar tan claramente su defecto en casa ajena, y el asombro de las personas extrañas, bien que se apresuran a satisfacer su capricho, si es posible; que tales cosas puede pedir la muchacha que sea materia imposible complacerla.

Por lo pronto no tiene muchas amigas, porque como se le antoja todo lo que ellas le enseñan y no les seduce gran cosa satisfacer [22] su capricho, huyen de ella para evitar semejantes antojos.

Es de tal manera caprichosa Isabelita, que hubo que despedir a una buenísima criada, porque esta pobre mujer tenía las narices largas, y a la niña no le gustaba verla; presume, sin embargo, aquella excelente doméstica, que la vira tenía más horror que a las narices largas a la firmeza con que la contrariaba cuando iba a la cocina con capricho de comer algo fuera de las horas regulares.

Otra vez mi amigo Martínez tuvo la debilidad de echar de casa a un inocente gato, porque a la niña le daba miedo el inofensivo animal, y con todo esto ha conseguido el complaciente [23] padre que la niña se haga soberbia y altanera y vanidosa; tres defectos gravísimos que bastan para labrar la desgracia de una mujer.

«Yo quiero», dice la niña, y sabe que al momento es obedecida y servida; y «yo no quiero», dice, contrariando los deseos de su padre o de su madre, y basta para que éstos cedan y hagan lo que a ella mejor le parezca.

«Yo no quiero salir», dice después que su madre se ha vestido con intención de llevarla a paseo, y su madre la deja en casa en vez de obligarla a obedecer.

«Yo quiero salir», dice cuando está lloviendo, y como si no sale llora la niña y pone un hocico de vara y media, y no quiere comer luego, su madre envía a buscar un coche, y sale con ella, sin necesidad, y gasta dos pesetas que no había para qué gastar, o que se hubiesen empleado mejor repartiéndolas entre los pobres.

Sería cuento de no acabar si hubiera de referir todos los caprichos, fútiles unas veces y absurdos otras, que componen el variado repertorio de Isabelita.

¡Bonita cara me va a poner, por cierto, cuando me vea después que haya leído esta semblanza! Porque, eso sí, tiene ella sobrada [24] penetración para no comprender la intención de este artículo, bien que está claro en extremo. Pero me prometo desenojarla cuando le ofrezca que, apenas se corrija de ese defecto, que oscurece y afea sus buenas cualidades, me apresuraré a escribir el artículo más encomiástico en su obsequio.

Entretanto, concluyo repitiéndole lo que le dije el otro día que la encontré solita en casa, y le hice visita mientras volvía su madre:

«Isabelita, la primera y más noble condición de los niños buenos es ser humildes; todas las demás virtudes acompañan a quien tiene la de la humildad, y, por el contrario, la soberbia es madre fecunda de males sin cuento.

»Cuando tienes un capricho, un empeño fútil, afliges a tus padres, que no tienen fuerza de voluntad bastante para contrariarte, pero comprenden que ese defecto es por todo extremo vituperable y puede perjudicarte mucho en tu porvenir. Las personas extrañas que conocen ese defecto tuyo, motéjanlo duramente, y siendo tú una niña tan linda y que tienes tan buen corazón, les pareces antipática, y culpan a tus padres de no educarte como conviene.

»Eso de decir: «yo quiero», es muy feo, [25] querida niña mía, y debes pensar qué martirio tan grande será para ti si algún día dices: «yo quiero» y no puedes lograr lo que deseas. Cuando tengas un capricho, antes de manifestarlo, piensa en tantas niñas pobres que no se atreven a decir nunca: «yo quiero», porque las infelices conocen que sus padres no podrían satisfacer sus deseos, porque se han acostumbrado a ser humildes. Esas niñas pobres, que apenas tienen con qué cubrirse, que de todo carecen, que no han recibido educación, son, sin embargo, más perfectas que tú, mientras no corrijas tu carácter.

»Pero no llores, niña mía, porque te hago estas advertencias, hijas del mucho cariño que te profeso y de la amistad que debo a tus excelentes padres; en vez de llorar debes alegrarte mucho, y procurar enmendarte de un defecto que ahora tiene poca transcendencia, pero que, andando el tiempo, acaso te hiciera desgraciada.»

Esto fue lo que dije el otro día a Isabelita, y como acaso lo habrá olvidado, se lo repito aquí. Y no sólo a ella puede convenir que lo repita; convendrá también a otras niñas que tengan el mismo defecto, muy común por desgracia, por efecto de la tolerancia y debilidad de los padres. Pero ni ella ni [26] las que se le parezcan deben tenerme por eso mala voluntad.

Mi deseo es que todas sean buenas y vivan siempre felices; que para ser feliz en el mundo hay un medio infalible y muy sencillo: ser bueno. [27]

La cobardía

La cobardía es un defecto muy feo.

Un hombre cobarde es un ser ridículo de quien todo el mundo se burla.

Ya habéis visto en la representación de muchas comedias en que hay algún tipo de cobarde, cuántos trabajos le pasan, cómo se mete de patitas en el mismo peligro de que más quería huir, cómo le tratan todos los demás personajes poco menos que a puntapiés, y por último, cómo se divierte y regocija el ilustrado público a costa del personaje cobarde y receloso.

No creáis por esto que el hombre, para no incurrir en la nota de cobarde, ha de ser un perdonavidas, soberbio, fanfarrón, temerario... no, hijos míos, porque eso sería caer en [28] un defecto tan ridículo y abominable como el otro.

El hombre ha de ser prudente, digno, valeroso, sin ser provocativo e insolente, y en todas las eventualidades de la vida ha de manifestar esas cualidades sin vanidad, sin exageración, como la cosa más natural del mundo.

Para adquirir estas cualidades es preciso que desde vuestra infancia procuren las madres hacéros las amables y acostumbraros a ellas, considerando que los niños son hombres pequeñitos con defectos pequeños, que luego, si a tiempo no se han corregido, van agrandándose de una manera muy considerable y haciéndose más difíciles de desarraigar a medida que los hombres pequeñitos se van haciendo hombres grandes.

La primera cualidad de una buena madre de familia es la previsión. Ha de educar a sus hijos para que sean hombres, y no como si hubieran de ser niños toda la vida. Los defectos adquiridos en la niñez suelen no corregirse en la juventud ni en la edad madura; pero las buenas cualidades del niño son luego seguramente las virtudes del hombre.

Es sumamente peligrosa la costumbre que hay de amedrentar a los niños y abusar de su credulidad contándoles las horrorosas [29] proezas de personajes tan famosos como el Coco, Pedro Botero, Pateta y otros, cuya evocación infunde miedo y espanto en el ánimo de las candidas criaturas. Los niños suelen ser en extremo impresionables, y si se les habla siempre de fantasmas dispuestos a comérselos crudos, de trasgos que van a venir a llevárselos, de un dragón que esté en el cuarto oscuro esperándoles con la enorme boca abierta para tragárselos y de otros horrores por el estilo, no es raro que se hagan tímidos, suspicaces, celosos y desconfiados.

A los niños se les debe inspirar confianza; ante todo, se les ha de habituar a la franqueza, a no ocultar nada y a no tener miedo. No hay nada más antipático que un chico que huye de la gente, que se esconde en un rincón cuando se le llama y que mira de reojo a todo el mundo.

Bien puede asegurarse que niños que tienen ese carácter están más acostumbrados a la amenaza que a la confianza; pero así como parecen mosquitas muertas delante de la gente, aprovechan las ocasiones en que están solos para hacer sus travesuras, y se acostumbran así al disimulo y a la mentira, que son dos defectos parientes muy cercanos de la cobardía. [30]

Los niños deben ser francos, deben ser alegres, expansivos, no deben ser gazmoños, ni impertinentes, ni pegajosos, ni cobardes, sobre todo.

Un niño que no se atreve a entrar en una habitación si no hay luz, que se echa a llorar cuando le van a cortar las uñas o el pelo, que se esconde bajo la cama cuando entra en casa el aguador, que huye de un perro que va a acariciarle, y puede que luego a traición tire él una piedra al perro o le dé un pinchazo, no, puede hacer gracia a nadie.

No vayáis a creer tampoco que no ser cobarde es ser en extremo revoltoso, y subirse por todas partes, y estropearlo todo y exponerse a romperse la cabeza haciendo diabluras, y pegar a otros niños, o hacer sufrir martirio al gato, sin miedo a un arañazo, que el animal más manso dará regularmente si se le apura la paciencia y se abusa de su bondad maltratándole.

Los niños han de ser sufridos y animosos en las enfermedades que Dios les envía, y agradecer los tiernos cuidados, la incomparable solicitud de sus buenas madres, que sufren mucho más que ellos mismos cuando los ven enfermos.

Andando el tiempo, cuando sean hombres, [31] ya echarán de menos estos exquisitos cuidados que no hay gratitud ni sacrificios bastantes con qué pagarlos.

Así, pues, cuando estéis enfermos y se acerquen vuestras madres cariñosas a daros la medicina, tomadla obedientes, tomadla agradecidos, tomadla, aunque sea muy mala de tomar, sin la menor repugnancia, como un bálsamo reparador que os da un ángel... Una madre no puede dar a su hijo más que aquello que ha de hacerle bien.

La flaca naturaleza está sujeta a gran número de enfermedades; todos tenemos que sufrirlas, y sufrirlas con resignación, porque no está en nuestra voluntad evitarlas, sobre todo en la infancia.

En la edad madura es posible evitar muchos males, teniendo buen método de vida y buenas costumbres. Y a que tengáis estas buenas costumbres cuando seáis hombres han de dirigirse todos los esfuerzos de vuestras madres, acostumbrándoos desde niños al método, a la higiene, a no tener miedo al frío ni al calor, al estudio alternado con el recreo, a la limpieza y al ejercicio prudente y ordenado de todas vuestras facultades.

De esta suerte se forman los caracteres serenos, enteros, viriles, que en todas las circunstancias [32] de la vida demuestran juicio, prudencia y fortaleza, y arrostran con alta cara los peligros, y son útiles a la humanidad.

Seguid, niños, el consejo de vuestros padres, que siempre quieren vuestro bien, y no hagáis nada que ellos no sepan, que ellos no crean bueno y conveniente. Y no olvidéis que la cobardía, la pusilanimidad y el encogimiento oscurecen toda otra buena cualidad que tengáis, y no pueden proporcionaros más que el desvío, la aversión, la antipatía de las gentes. [33]

La abeja y la mosca
(Pensamiento de Fenelón.)

Cuéntase que una tarde
encontrase una abeja
con que una mosca había

dentro de la colmena.
-«¿Qué haces aquí? le dijo, 5
¿cómo te atreves, necia,
a profanar la casa
de las que somos reinas
de todos los insectos
que existen en la tierra? 10
¡Fuera de aquí, o la vida
te arrancaré!»

-«Soberbia,
dijo la mosca, vienes,
y no te recomienda
esa altivez indigna 15 [34]
con que así me desprecias.»
-«¿Y qué más que desprecio
has de inspirarme? ¡Ea!
No más nuestro palacio
profane tu presencia. 20
Amigas de las flores
nos llaman en la Grecia,
el hombre con esmero
nos cuida y nos festeja,
que somos de la tribu 25
digna de fama eterna
que el nombre de melífera
con alto orgullo ostenta.
Las flores más preciadas
nuestro cariño anhelan, 30
y nuestro fruto es rico
incomparable néctar.
Tú, mosca miserable,
que sin objeto vuelas,
y de lo más inmundo 35
que encuentras te alimentas,
que fruto nunca has dado
y no hallas quien te quiera,
a todo el mundo cansas
y enojas y molestas 40
y tu existencia inútil
a nadie le interesa.»

-«Tienes razón en eso,
le contestó discreta
la pobre mosca triste; 45
es grande mi pobreza, [35]
y a vida miserable
la suerte me condena;
pero esto no es un vicio

como tu gran soberbia. 50
Muy dulce es vuestro fruto,
y nadie te lo niega,
mas nada iguala al daño
que hace la sabia abeja,
y condición menguada 55
no la hay como la vuestra;
con torpe alevosía
al que a vosotros llega
vuestro aguijón le hiere
con singular fiereza: 60
por tu soberbia insana
no cambio mi modestia.» [37]

El diablillo

Está visto, no se puede ir a casa de los señores de López: y no es por cierto porque los señores de López no sean personas apreciabilísimas, de ameno trato, exquisitamente amables y todo lo que se quiera, sino porque hay allí un diablillo de chica que le apura a uno la paciencia con sus diabluras.

¡Y qué bonita es! Eso sí, parece su rostro el de un ángel; pero es más mala... ¡Jesús!
¡Qué diablo de chica!...

Esta frase repiten todos los amigos de los señores de López, y no es lo malo que la repitan los amigos de la casa, sino que los señores de López, que son los padres de aquel diablejo, también tienen alguna ocasión de [38] repetirla muchas veces al día, y valiera más, me parece a mí, que en lugar de hacer eso, hubiesen procurado y procuraran corregir a su hija, cosa que sería muy conveniente para ellos, pero sobre todo para ella, a quien tanto quieren, como es natural, los amantísimos padres.

Paz, se llama la niña, y en verdad que no merece ese nombre, porque de todo tiene la criatura menos de pacífica.

Siempre que voy a casa de mi amigo López, encuentro a los esposos disgustados, y preguntándoles la causa de su pesar, ya se sabe, me contestan invariablemente:

-Calle V.; nos acaba de dar la niña un disgusto...

Ambos se manifiestan irritados hasta cierto punto con ella, como se irritan los padres con una hija por la cual darían mil vidas que tuvieran; pero no pasa mucho tiempo sin que la mamá vaya a buscarla al último cuarto de la casa, adonde la chica ha huido, después de hecha y descubierta la travesura que ha dado pena a sus padres, y una y otro la miman y la

halagan, y no falta mucho para que le pidan perdón, temerosos de que la severidad le impresione demasiado y se ponga mala. [39]

Y yo, al ver este sistema, no me permito hacer observaciones a los señores de López, que acaso no fueran bien recibidas, pero me persuado de que no es esa la manera más propia de educar a una niña y prepararla un porvenir feliz y tranquilo.

Pero ¿qué travesuras hace esa señorita? me preguntarán mis infantiles lectores, dispuestos acaso a ponerse de parte de Paz, que les será probablemente más simpática que yo.

¿Qué hace, queridos niños?... Nada, diabluras; ya sabéis lo que es hacer diabluras.

Se pone a la ventana del patio, y por divertirse, sin calcular las consecuencias, tira un plato roto al patio para asustar a la portera, que está lavando muy distraída la ropa blanca de su marido, y en lugar de caer el plato a los pies de la portera, le cae en la frente y le hace una herida.

Ella no quería hacer daño a la pobre vieja, eso no, que no tiene Paz mal corazón; pero se lo hace sin querer, como ella dice, y no se lo podría haber hecho si no hubiese tirado por la ventana el plato.

Pues otra vez, se pone al balcón, y al pasar un hombre escupe, y con tal acierto, que mancha al hombre la camisa recién planchada. El hombre sube a la casa, arma un escándalo [40] en la escalera, sale la mamá a darle mil excusas, pero el hombre es bastante mal educado, y se desata en improperios contra la amable señora; oye las voces López, y sale a defender de aquel grosero a su mujer... y si no sucede una tragedia es porque intervienen los vecinos, y porque el hombre grosero es un si es no es cobarde, y se retira ante la actitud enérgica de uno de los vecinos, que es un bizarro militar, muy razonable y todo lo que se quiera, pero que no tolera groserías en su presencia; mas el caso es que los señores de López tienen un grave disgusto que les impide salir aquella tarde a paseo, y que puede comprometer la salud de la señora, que es muy nerviosa y está criando al hermanito de Paz.

El señor de López es un hombre de negocios y tiene muchos papeles y muchas cartas; pero, sabiendo lo que es Paz, cuida de no dejar sobre su mesa ninguno importante. Un día, por excepción, mientras va a su cuarto a ponerse la levita y sacar un pañuelo limpio, ha dejado sobre la mesa del despacho una carta que acaba de recibir de la Habana con una letra; la ha dejado abierta con la letra entre las dos hojas del pliego; la niña la ve y la saca de la carta, y como es un papelito [41] largo y de color de rosa, se entretiene en hacer tiritas para adornar un muñeco. Cuando el señor de López echa de menos la letra, Paz, en lugar de venir a confesar su falta y traer los pedazos de la letra, va y coge y los tira por el balcón, y el pobre padre tiene, que escribir a la Habana, y pedir una segunda letra y esperar, dos meses para cobrar una cantidad que necesitaba urgentemente.

¿Qué os parece de la travesura de la niña?...

Y ya que viene a pelo, os recomiendo que nunca os permitáis tocar, ni coger, ni leer ningún papel de los que vuestros padres tengan sobre la mesa o en otra parte. Ése es un vicio muy perjudicial, y que en algún caso puede ser de gran trascendencia.

Otra, día la niña, a quien llama la mamá, no parece en toda la casa; busca por aquí, busca por allá, la niña no está en casa. Ya os podéis figurar el susto de la madre. -¿Si se habrá caído desde el balcón? ¿Si se habrá bajado al patio y caído en el pozo? ¿Si estaría en el portal y se la habrá llevado algún mal hombre? -La pobre madre piensa todo lo peor, y ya cree que se ha quedado sin hija. Pero al ir a entrar toda azorada en una habitación [42] la buena señora con ánimo de coger la mantilla y salir a la calle a buscar a su hija, ésta sale de pronto de detrás de una cortina, riéndose como una loca y dando a su madre un susto que podría dejarla muerta.

Si alguno de mis lectores se encuentra parecido al diablillo que acabo de retratar, espero que se corrija y se domine, reconociendo que la cordura es una cualidad muy estimable, y el aturdimiento y la informalidad cansan y molestan a propios y extraños. [43]

El avaro y su tesoro
(Pensamiento de Esopo.)

Era un avaro dueño de un tesoro
que con trabajos mil juntado había,
y nadie lo diría,
porque al pobre aquel oro,
a la verdad, bien poco le lucía, 5
él iba roto, sucio y asqueroso...
Gana de darle una limosna daba
verle tan macilento y haraposos...
¡Toma! ¡y si se la daban la tomaba!..
Pensando en su dinero maldecido, 10
ni un momento de paz y de sosiego
disfrutaba aquel hombre, por el fuego
de la torpe avaricia consumido.
Recelando de propios y de extraños,
inútil para el bien, lleno de pena, 15 [44]
pasó más tristes años
que el esclavo amarrado a la cadena.
Hacía de su casa duro encierro
que inmundo calabozo parecía;
y si ladraba un perro, 20
si bramaban furiosos aquilones,

si algún ratón la puerta le roía,
porque otra cosa que roer no había,

dábanle al hombre atroces convulsiones.
Se abrazaba al dinero sollozando... 25
Luego se iba calmando
viendo que no llegaban los ladrones;
mas otra vez el viento rebramaba
o el ratón en la puerta el diente hincaba,
y otra vez el maldito 30
empezaba a sentir sudor de muerte.
Y sufriendo el menguado de tal suerte, [45]
por no dar, ni siquiera daba un grito.
Así pasaba en claro,
las noches el avaro. 35
Mientras que sin tesoros y sin susto
dormía todo el mundo, que era un gusto.

-«Yo no puedo, decía el desdichado,
conservar en mi casa mi dinero.
Un día un agujero 40
hace y entra, y me roba algún malvado,
y o me mata o me muero, que es lo mismo,
porque sin mi riqueza tan querida,
¿de qué me serviría ya la vida?
¡Oh!, ¡quisiera esconderla en un abismo 45
donde yo solamente penetrara
y que nadie a mi muerte la encontrara!
Morir con mi dinero, ¡qué ventura!
¡Y guardarlo en mi misma sepultura!»
Una tarde en el campo, paseando, 50
en su dinero vil siempre pensando,
un lugar encontró, sitio aparente,
solitario y oculto,
donde poder guardar perfectamente
el ruin tesoro de su amor objeto. 55
Volvióse a casa luego, cogió el bulto
con el mayor secreto,
y en el sitio elegido,
hizo un hoyo profundo, [46]
y guardó, prodigándole caricias, 60
el dinero que hacia sus delicias
y era su único afán en este mundo.
Puso encima del hoyo bien cubierto
una piedra pesada,
y ya tuvo por cierto 65
que estaba asegurada
de toda contingencia
su estéril existencia,

pues él mismo mil veces se decía
que perdiendo aquel oro, moriría. 70
Después, todos los días con cautela
hacía junto al hoyo centinela,
y siempre con pesar se separaba
del hoyo donde el alma se dejaba.

Desde una loma vieron una tarde 75
al avaro cobarde
algunos malhechores,
que vagaban huyendo
de sus perseguidores.
Dejáronle partir, luego bajaron, 80
la piedra levantaron,
y del avaro hallaron el tesoro;
y ya el lector presume lo que harían:
y de este modo el oro
con el que tanto bien hacerse pudo, 85
sirvió para vivir alegremente, [47]
aquella ociosa y desalmada gente.
¿Cómo podré pintar del avariento
la angustia y el terror cuando otro día
vio el terrible escarmiento? 90
De rodillas allí se retorció,
daba gritos, lloraba, y «¡Mi dinero!»
clamaba, contemplando el agujero.
Un hombre que pasaba
llegose cerca de él, compadecido, 95
preguntándole qué había sucedido
y qué causa su pena motivaba.
Contó el avaro el lance,
y oyéndole, la risa no contuvo
el señor pasajero, 100
ni le inspiró piedad ver en tal trance
al miserable avaro, que no tuvo
más afán en el mundo que el dinero.
Y el avaro indignado,
al oírle soltar la carcajada, 105
exclamó: «¿Mi pesar no os compadece?
¡Habrà una suerte, oh Dios, más desgraciada!»
«Ésa es la suerte que vuacé merece,
y dais prueba de ser un badulaque
llorando de ese modo. 110
El perdido tesoro, ¡voto al Draque!
porque, después de todo,
ese dinero ¿para qué os servía

en el hoyo escondido? Para nada;
pues haceos la cuenta 115
de que existe en el hoyo todavía.
Del oro haciendo un uso semejante, [48]
¿Qué os importa que os falte ni que os sobre?...
Para apenaros no hay razón bastante,
pues no seréis más rico ni más pobre.» 120
Mas tal razonamiento
no convenció al avaro de mi cuento,
y junto al hoyo, afirma la conseja,
que el hombre reventó como arpa vieja;
y su muerte nos da buen testimonio 125
de que al infierno le llevó el demonio.

Este suceso, de que os doy noticia,
prueba, y en ello convendréis conmigo,
que en su misma avaricia
encuentra el avariento su castigo. 130 [49]

El hombrecito

En cierta época, hallándome muy enfermo, pasé, por consejo del médico, dos años en un pueblo próximo a Madrid, donde recobré la salud, gracias a Dios. En un pueblo no hay las distracciones que en Madrid; no hay teatros, ni cafés, ni Jardines del Retiro; no hay más recurso que cultivar la amistad de las buenas familias, teniendo mucho cuidado de evitar todo trato con la gentecilla chismosa, ruin y maldiciente, que es la gran calamidad de los pueblos pequeños.

Temiéndola yo mucho, hice escaso número de relaciones en el pueblo, bien que supongo que esto no me libraría de que me quitaran el pellejo los maldicientes, pero a lo menos no tenía que oír cómo se le quitaban [50] a los demás, que era lo que me habría sucedido si hubiese tratado con gente semejante.

Una de las personas con quienes hice amistad, era cierta pobre mujer a quien nadie hacía caso en el pueblo, porque la triste allí se estaba en su casa todo el día de Dios, y no le gustaban chismes ni cuentos, ni se cuidaba de nada del mundo más que de su nieto, un niño de doce años, que había perdido a sus padres cuando apenas contaba cinco, quedando a cargo de su abuela.

Esta pobre tenía una peseta diaria de pensión, concedida por cierta noble familia, a la que en su juventud sirvió fidelísimamente, y con tan escasos recursos no dudó un momento en tomar bajo su amparo al pobre huerfanito, segura de que Dios no la abandonaría.

Y en efecto, Dios ha recompensado a la anciana, dándole, a cambio de los sacrificios que se ha impuesto para educar al niño sin padres, la inmensa satisfacción de que éste sea digno de tan generosa protección, y alegría y honor de su hogar.

No os podéis figurar, queridos lectores, un niño más juicioso que Ángel, éste era su nombre, ni más aplicado, ni más discreto, ni sesudo. [51]

Por él hice conocimiento con su abuelita; pasaba yo muchas veces por delante de la escuela a tiempo que los chicos salían a la hora de comer, y siempre me llamaba la atención, viendo por la ventana el interior de la escuela, un niño que hacía números y figuras geométricas en un pequeño encerado. Dios me perdone, pero al pronto no formé yo muy buen concepto del muchacho, pues supuse que allí se quedaba castigado mientras los otros se iban a comer. Y un alumno a quien todos los días había necesidad de castigar, debía ser por extremo rebelde y contumaz.

Pero una tarde pregunté al maestro:

-Diga V., D. Atilano, ¿qué diablos hace ese chico, que siempre le tiene V. castigado?

-¡Castigado! -repitió el maestro con asombro. -¡Pues si es el mejor discípulo que tengo!... Se queda en la escuela mientras los otros se van, porque tiene amor a la escuela y al estudio, y es avaro del tiempo, que de ninguna manera quiere perder; Ángel es mi orgullo, y le quiero como si fuera hijo mío. Ahí le tiene V. componiendo y resolviendo los más intrincados problemas... En fin, yo le he enseñado todas las matemáticas que sé, y ahora sabe él muchas más matemáticas que yo. No tengo duda de que ese muchacho ha [52] de ser honra de su país; es ya un verdadero genio.

El bueno del maestro me presentó a Ángel, y me aficioné de tal modo al excelente niño, que todos los días iba a su casa y pasaba horas departiendo con él sobre sus estudios y admirando su gran ingenio, su recto criterio, aun en tan corta edad, su prudencia, y su profundo respeto a la pobre vieja que le había servido de madre.

Hay niños que toman cierto aire de suficiencia impropio de su edad, niños petulantes e impertinentes, que ya prometen ser insoportables por su vanidad, cuando lleguen a mayor edad. Ángel no era de estos niños enfadosos que a nadie hacen gracia. Era un niño modesto, sencillo, bien educado, reflexivo, serio naturalmente, sin afectación, de mirada penetrante y carácter melancólico, un hombrecito, como le llamaba su abuelita. Ángel, con su poderosa inteligencia, comprendió en temprana edad que su primer deber era recompensar a la abuela por las grandes privaciones que se había impuesto en su obsequio, y se dedicó, lleno de noble afán, a satisfacer cumplidamente esta grata obligación, y tan bien la ha cumplido, que hoy, quince años después de aquella época, Ángel [53] vive en Madrid, siendo director en una importantísima empresa industrial, y tiene a su abuelita consigo, a su abuelita, que goza todas las comodidades que nunca pudo soñar; tiene coche, criadas, y una cantidad mensual que su nieto le da para que ella la reparta a los pobres.

El niño pobre, de familia humilde, a fuerza de trabajo y perseverancia, ha llegado a ser un hombre bien acomodado y distinguido y respetado. Tal es el poder de una voluntad firme y de un corazón sensible a la gratitud y a todos los nobles y generosos afectos...

Cuando muera su abuelita, que ya es muy anciana, Ángel se casará, eligiendo con su habitual prudencia y claro juicio una digna compañera, y será un excelente esposo y padre, honor de su casa y de su patria.

Sirva esta semblanza de Ángel de ejemplo a mis queridos lectores. [55]

Caridad

Ya el invierno se avecina,
ya están desiertos los campos,
ya no halla en ellos el pobre
alegría ni trabajo...
Los murmuradores huéspedes 5
de los árboles lozanos,
viendo las hojas caer
sus nidos dejan, llorando.
Y en el hielo del arroyo
el sol se refleja pálido, 10
y ya las aguas del río
no las dora con sus rayos...
Ya del mar las olas bravas
se revuelven rebramando,
y ya el marino valiente 15
siente el ánimo turbado
cuando de la playa amiga. [56]
se aleja, en ella dejando
la esposa y los tiernos hijos,
de su corazón pedazos. 20
Y ya en la casa del pobre
todo es temor, pena, y llanto,
que de todo al infelice
priva el invierno inhumano.
Quiere trabajar, y el frío 25
hiela, entumece sus manos...
Pide trabajo, y le dicen
que no es tiempo de trabajo.
Nácele un hijo, y no tiene
con qué poder abrigarlo... 30
Parece que cielo y tierra
se conjuran en su daño,
y le condenan crueles

a morir desesperado...
Pero no, que Dios supremo, 35
misericordioso y sabio,
oyendo sus oraciones,
viendo su horrible quebranto,
dulce consuelo le envía
que aliente su fe y su ánimo, 40
y de sus hijos conserve
la vida que él ama tanto...
CARIDAD tiene por nombre
ese consuelo, ese lazo
que a los hombres une y hace 45
ser buenos y ser hermanos...
CARIDAD, virtud sublime
que a quien sus deberes gratos [57]
cumple, preserva amorosa
de pensamientos livianos. 50
Ni la envidia abrasadora,
ni el egoísmo insensato.
Ni la insaciable codicia,
ni el pobre orgullo mundano,
ni el odio devorador 55
turbarán el sueño plácido
de quien de virtud tan santa
está siempre acompañado.
Quien no tiene caridad,
egoísta, vil y avaro, 60
no prueba el placer inmenso
de ese sentimiento grato,
e inútil para el bien, vive
temiendo y desconfiando;
que quien el bien no practica 65
ni ayuda presta a su hermano,
y se encierra en su egoísmo
con sus pensamientos malos,
quizá niega la existencia
de ese afecto dulce y santo 70
que alienta la caridad
en todo pecho cristiano,
y en los hombres no ve nunca.
Ni compañeros ni hermanos,
sino enemigos, o amigos 75
fingidos e interesados,
mezquinas almas son estas,
corazones son ingratos,
más pobres y miserables [58]
que el pobre más desdichado. 80

.....
No esperéis que venga el pobre
a demandar vuestro amparo,
buscadle vosotros mismos
como Dios nos ha enseñado.
No seáis indiferentes 85
a quien os tiende la mano,
y no preguntéis su nombre,
ni la causa de su estado;
benedicidle, agradeciéndole
que os haga favor con daros 90
ocasión de hacer por él
lo que Dios estima tanto.
no hagáis el bien en el mundo
por alcanzar el aplauso
del mundo... La CARIDAD 95
tiene galardón más alto.
Y no humilléis nunca al pobre,
que al más indigno y menguado
ama Dios como a vosotros
y le llama vuestro hermano. 100

.....
Ya el invierno se avecina,
ya están los pobres temblando,
porque de todo a los pobres
priva el invierno inhumano.
De la caridad bendita 105
consuelo están esperando...
dadles vosotros consuelo
y viviréis consolados. [59]

La rebelde Mariquita

¡A fe que es buena pieza la tal Mariquita!... A mí me gustan mucho las niñas; pero os confieso, queridos lectores, que si tuviera una niña como la dichosa Mariquita, viviría desconsolado, porque es claro que siendo hija mía, habría de quererla mucho, y por consiguiente me preocuparía y apenaría en gran manera el porvenir de niña semejante, dadas las condiciones de carácter que tiene la pícara Mariquita, a quien hoy me propongo sacar aquí a la vergüenza, con la bonísima intención de que se corrija ella misma y sirva de ejemplo a otras que puede haber a ella parecidas.

Mariquita es una niña intolerante, intransigente, rebelde a toda autoridad e irascible [60] sobre toda ponderación. Ya veis, amables lectores, si será simpática la niña. Los padres la sufren, porque ya habréis advertido que es grande el sufrimiento de todos los padres, porque naturalmente la quieren sobre todas las cosas de este mundo, aunque tantas amarguras les proporciona. ¡Sublime abnegación de los padres!

¡Ay de los malos hijos que desconocen los sacrificios de sus padres, y pagan este infinito amor de que son objeto, con la más negra y páfida ingratitude!

Pero voy a dejar a la madre de Mariquita hacer el retrato de su hija.

-«Amigo mío, me dijo días pasados, esta niña amarga todos los momentos de mi vida con ese carácter díscolo, y que empieza a parecerme incorregible. Es una gran pena la que me causa verla por la más nimia cosa, por el más leve motivo, llorar desesperada, arrancarse los cabellos, tirarse por el suelo, encolerizarse, en fin, de un modo que me espanta y me hace temer por ella.»

«Otras niñas tienen sus caprichos, sus extravagancias, sus impertinencias pasajeras, pero esta hija mía siempre está irritada, siempre halla en todo pretexto para esos raptos de cólera y desesperación tan impropios [61] en su tierna edad: si una criada le hace un cariño; si el perro la festeja saltando y ladrando, manifestándole así su afecto; si se quema al tomar una cucharada de sopa; si se la despierta; si se le quiere tomar la lección; por todo, en fin, a cada momento, se irrita, se golpea, llora y alborota.»

«Vienen visitas a casa, y temo que me pregunten por ella y se empeñen en verla, porque la niña no quiere ver a nadie, y la llamo, no viene y me obliga a ir a buscarla, y viene con rostro airado, de mala gana, y hace comprender así a todos su odioso carácter.»

«Antes iba al colegio; pero todos los días venía rabiosa contra sus compañeras de quienes, en verdad, no tenía motivo alguno de queja; ellas sí, porque Mariquita las maltrataba, no les toleraba la más ligera broma, y daba a la maestra más que hacer ella sola que todas las demás juntas. Un día la encerró la digna profesora con el consentimiento mío en el cuarto oscuro, y Mariquita salió del encierro desgreñada, con el traje roto, con la cara arañada, en el más deplorable estado; por lo cual tuve que sacarla del colegio; donde no tenía ni una amiga, y todas las niñas huían de ella como se huye de quien tiene un carácter tan rebelde e intratable.» [62]

«Esta niña no es sensible; al contrario, mis caricias las recibe hasta con enojo; nunca se acerca a dar un beso a su papá; mira con la mayor indiferencia a los pajarillos, maltrata al perro, que tanto la quiere, y nunca se le ve darle ni una miga de pan; es descuidada en el aseo de su persona, le mortifica vestirse con algún esmero... crea V. que paso muchas noches en vela pensando en esta hija mía, discurriendo de qué medios me valdré para modificar, reformar y corregir su carácter.»

-Y al juego, ¿tiene afición? pregunté a la afligidísima madre.

-No, señor; no quiere jugar con otras niñas y los juguetes que se le compran los destroza muy pronto.

-Pues, a mi juicio, señora, es preciso que en la educación de esa niña rebelde se empleen medios enérgicos, que V. no puede emplear, porque la natural bondad de V. y su amor de madre, se lo impiden. Esta indulgencia y este cariño son causa acaso de que ya no se haya

modificado ese carácter. A niñas de esas condiciones, es preciso, por su bien, separarlas completamente del seno de la familia y llevarlas lejos, a una casa de educación, donde se las trate severamente, [63] donde vean caracteres más firmes y más enérgicos que el suyo, donde no puedan contar con la impunidad para sus faltas, aun las más leves. Considere V. qué terribles proporciones puede tomar con el tiempo el carácter, que V. llama odioso, acertadamente, de esa niña; precisamente es el suyo el más impropio de su sexo: el principal encanto de la mujer consiste en la dulzura, la amabilidad, la modestia, la compasión para todos los infortunios, el sentimiento de la caridad, la resignación, la humildad y la abnegación. No se conciben otros sentimientos en la que está destinada a ser esposa; es decir, a hacer la felicidad de un hombre honrado, a ser la alegría y el bien del hogar, el consuelo de los padres ancianos, la administradora de la hacienda, y sobre todo la madre de tiernos hijos.

-Es verdad, dijo la pobre madre casi llorando.

Nuestra conversación ha tenido muy buen resultado, no porque la niña se haya corregido, sino porque sus padres han tomado las disposiciones necesarias para que se corrija, y al efecto, dentro de breves días la llevarán a cierto convento, lejos de Madrid, donde excelentes religiosas se encargarán de educarla [64] como conviene y con todo el saludable rigor que necesita; y mucho me equivoco si a la vuelta de un par de años no abomina Mariquita la soberbia y la ira, feísimos vicios que, como todos, hay que cortarlos en su origen, para que no dañen en lo futuro a los que demuestran estar dominados por ellos.

Mariquita ha recibido la noticia con indignación, y dice que no quiere ir al convento; pero sus padres se encargarán de demostrarle que eso de «no quiero», no se puede decir en el mundo, y que la autoridad paterna no puede consentir de ninguna manera la rebeldía de niñas díscolas como ella. [65]

Los adúladores

Un zorro, que no era bobo,
vio un día por y vez primera
un caballo en la pradera,
y fue a contárselo a un lobo
que su amigo antiguo era. 5
-«Chico, le dijo, ven pronto,
que hay que ver un animal
extraño y original,
que me parece, o soy tonto,
que no ha de saber muy mal.» 10
Fueron, y el lobo dudó
viendo al caballo arrogante,
y dijo: -«Presumo yo
que para él nosotros no

tenemos fuerza bastante.» 15

-«Si la fuerza no tenemos,
la astucia nos bastará.» [66]

-«Eso es verdad.»

-«Pues lleguemos

y nuestro amigo se hará,
enseguida que le hablemos.» 20

Y haciéndole cortesías,
al caballo se acercaron,
y con mil gazmoñerías
hablaronle y le encajaron
cuatro mil majaderías. 25

Paciente el corcel oyó
al principio sus dislates,
pero al cabo se cargó
de oír tantos disparates
y así lo manifestó. 30

Ellos siguieron a voces [67]
al caballo impacientando,
que se volvió al fin, y dando
al lobo un buen par de coces,
le dejó allí tiritando. 35

La adulación empalaga:
solamente al que es un necio
es fácil que satisfaga,
porque el discreto la paga
con soberano desprecio. 40 [69]

El niño importuno e inoportuno

Venturita es un niño muy guapo; nadie le puede negar esta cualidad, que es muy buena cuando está acompañada de otras prendas morales dignas de estima.

No vayan Vds. a creer por esto que Venturita es lo que se llama un niño malo, no, señores; sería una odiosa calumnia decir de él tal cosa.

Venturita no es malo; es sensible, es amable, es bastante estudioso y quiere mucho a sus papás.

Pues, entonces, dirán Vds. ¿qué defecto puede tener Venturita?... Él no es huraño, no es holgazán, quiere a sus padres... Pues ¿qué más se le puede pedir a Venturita para [70] considerarle un buen niño, un niño simpático y estimable?

Poco a poco, amigos lectores; Venturita es todo eso, indudablemente, pero pregunten Vds. a sus padres, y se persuadirán de que el chico, en medio de sus buenas cualidades, tiene algún defecto digno de notarse y corregirse.

El defecto de Venturita consiste en que es un niño importuno e inoportuno.

-¿Y qué defecto es ése? me preguntaréis acaso.

-Un defecto enfadoso, como todos, que merece disculpa tal vez por la corta edad de Venturita, pero que es preciso evitar que se arraigue en él, porque cuando sea hombre le hará cometer mil inconveniencias y ponerse en ridículo, por lo menos, a cada paso.

Venturita tiene la costumbre de hacer las cosas fuera de sazón, de estorbar muchas veces, de decir una agudeza cuando es inconveniente... ¿Os parece que no es este un defecto?

Le lleva su mamá a una visita de duelo, a una casa donde acaba de morir una persona querida, y donde todos, por consiguiente, están graves, tristes, preocupados; nadie pide en aquellos momentos al niño que diga una [71] gracia, pero él la dice inoportunamente, causando un efecto poco lisonjero para él en la reunión y avergonzando a su madre.

Está la buena señora en su casa ocupada, por ejemplo, en dar lección a la hermana mayor de Venturita, y éste, con su acostumbrada oportunidad, viene a decir a su madre un secreto sin que lo oiga su hermanita; el secreto es una tontería; la hermanita, curiosa y recelosa, lo quiere saber, y ya con este motivo se distrae de la lección, y disgusta a su mamá, y ésta la reprende, y la niña se enoja; y todo porque al diablo del chico se le ocurrió intempestivamente venir a decir al oído a la tolerante madre una vaciedad.

Cuando su papá está más gravemente ocupado, conversando sobre asuntos de importancia con alguna persona en su despacho, y ha encargado que no le interrumpan, Venturita abre de pronto la puerta y se presenta sin que nadie le llame, y haciendo la misma falta que los perros en misa; y no contento con eso, a pesar de la terrible mirada que le dirige su padre, enseña a éste una trenza que trae en la mano, de las que usa su madre, diciendo:

-Papá, ¿es tuyo este pelo o de mamá?

Figúrense mis lectores el efecto. [72]

Sus padres temen convidar a algún amigo a su mesa, porque saben las mañas del niño, y siempre esperan que a lo mejor diga una inconveniencia que les ponga en ridículo.

Un día estuve yo invitado a su mesa por los amables padres de Venturita, y el niño, contra su costumbre, estaba serio y silencio so; yo le interpele acerca de tan extraña novedad, y después de muchas instancias mías, al fin abrió la boca la criatura, pero más valiera que hubiese callado, porque dijo:

-¡Toma! Como papá me ha dicho que no diga que ha reñido esta mañana con mamá...

Por fortuna, los padres de Venturita me dispensan gran confianza; semejante salida en presencia de personas con quienes no hubiera tan franca amistad, habría sido de un efecto deplorable.

Otro acaso se hubiera reído de la gracia del niño; yo no, porque comprendí cuánto sufrían sus padres viendo en su hijo tan enfadoso defecto.

Creo que lo dicho bastará para que comprendáis, apreciables niños, con cuánta razón llamo al bueno de Venturita un niño importuno o inoportuno.

El niño, lo mismo que el hombre, ha de procurar ante todo ser agradable y simpático [73] a los ojos de su propia familia y a los de todo el mundo, y para conseguir este bien es preciso, de todo punto preciso, que no tenga el defecto que ligeramente acabo de apuntar.

Los chistes han de decirse con oportunidad, porque el mejor chiste, dicho fuera de tiempo y lugar, es una necedad, o una tontería, o una triste gracia. El don de la oportunidad es uno de los que más favorecen a los discretos, que nunca hacen o dicen nada fuera de sazón.

Creo que, conocido vuestro claro ingenio, no necesito insistir más en este punto; de fijo que, después de leídas estas líneas, ninguno de mis lectores hará de modo que merezca ser calificado como Venturita.

Y yo les doy la más cumplida enhorabuena, celebrando la suerte que tienen, si no se les conoce el defecto de que les acabo de hablar. [75]

El zapatero y el rico

(Pensamiento de La Fontaine.)

Vivía en la propia casa
de un señor muy opulento
un Zapatero, contento
con su suerte bien escasa.
Cantando pasaba el día, 5
siempre alegre el Zapatero;
si le faltaba el dinero
le sobraba la alegría.
Al rico desesperaba [76]
aquel eterno cantar, 10

que dormir ni descansar
ni un momento le dejaba,
-«Yo te haré callar, bribón,
y mataré tu alegría»,
se dijo el ricacho un día, 15
harto de tanta canción.

Y al maestro su vecino
mandó llamar al instante,
y al punto alegre y campante
a ver al gran señor vino. 20

-«¿Cuánto al año ganarás?»
Le dijo.

-«No llevo cuenta,
Es según se me presenta,
unos menos y otros más.»
-«Pero aproximadamente...» 25
-«No sé, señor.»

-«Es extraño.»
-«Yo, en comiendo todo el año
ya está mi cuenta corriente;
tengo dinero, lo gasto;
no le tengo, no me apuro, 30
y es mi alimento seguro
alegría a todo pasto;
si hay trabajo y buen humor
no envidio a la gente rica;
y nunca gasto en botica 35
ni en visitas del doctor.»

-«Mas si hallaras por azar
una fortuna algún día [77]
creo que te gustaría...»

-«¿No me había de gustar?» 40

-«Pues toma», en tono zumbón
Dijo el rico al Zapatero;
y repleto de dinero
puso en su mano un bolsón.

-«Y esto, ¿a qué santo?...»

-«Es presente 45

que yo te he querido hacer
por el gustazo de ver
cómo vives grandemente.»
Agradeció el Zapatero
el regalo, y sin cantar 50
volvió el buen hombre a su hogar
con su bolsón de dinero.
Dueño de tal cantidad,
que nunca la vio mayor,

perdió el hombre el buen humor, 55
la dulce tranquilidad.
de entonces, siempre temiendo,
siempre vigilando alerta,
siempre atrancando la puerta,
siempre de la gente huyendo; 60
sin sueño, paz ni reposo,
a cantar ya no volvió,
y bien pronto conoció
que antes era más dichoso.
-«¡Jesús, en hora menguada, 65
se dijo, tomé el dinero
que me dio ese caballero
y no me sirve de nada! [78]
¿Para qué quiero este oro,
si desde aquel triste día 70
he perdido la alegría
y de salud un tesoro?
Y fue, y cogiendo el bolsón,
a casa del rico fue
con el propósito de 75
hacer la devolución.
-«Señor, le dijo, aquí está
el oro que me dio usted;
yo agradezco la merced,
pero no le quiero ya. 80
Yo no duermo ni sosiego
pensando en esa fortuna,
y estoy mejor sin ninguna;
conque... lo dicho, hasta luego.»
-«Pero tú eres un borrico; 85
no vi dislate mayor.»
-«Para ser feliz, señor,
no necesito ser rico.
Con poco vivo aquí abajo;
mientras Dios me llame arriba, 90
sólo quiero mientras viva
paz, alegría, y trabajo.»

En esta breve existencia
lo importante es procurar
paz y pan en el hogar, 95
en reposo la conciencia
y medios de trabajar. [79]

Pepita la perezosa

Yo quisiera, al trazar estas líneas, poder hacer un gran elogio de mi querida Pepita, niña de diez años, hija de estimados amigos míos, y a la cual aprecio muy de veras; pero como estos articulitos los escribo para que sirvan de enseñanza y ejemplo a los niños y a las niñas que me dispensan el honor de leerlos, me veo precisado a descubrir el defecto que tiene Pepita, confiando en que acaso ella misma, corrigiéndose de ese defecto, me agradecerá más adelante que no haya tenido con ella ninguna consideración.

Más que defecto, hablando en puridad, es una mala costumbre la que tiene Pepita, y realmente no es suya toda la culpa; la mayor suma de responsabilidad alcanza a sus padres, que fácilmente podrían haber evitado [80] que en ella se arraigase la mala costumbre objeto de mi justa censura.

Pepita es una niña muy simpática, amable, candorosa, de buenos sentimientos y bella sobre toda ponderación, y todas estas buenas cualidades hacen más sensible que se haya dejado, incauta, dominar por una costumbre que es sobremanera perjudicial.

Pepita, para decirlo de una vez, es perezosa.

¡Una niña de diez años perezosa! Apenas se comprende.

Muchas veces voy a su casa a las diez y las once de la mañana y lo primero, ya se sabe; es preguntar por Pepita.

-Está en la cama, ahora se va a levantar, me contestan; y crean Vds. que me dan ganas de entrar en su cuarto y rociarle aquella carita de ángel con un buen jarro de agua fresca.

Parece mentira que cuando hace ya mucho tiempo que el sol alumbra su habitación, cuando todo está en activo movimiento, cuando tantas niñas pobres llevarán cinco o seis horas de trabajo, Pepita esté aún dormitando, y Dios sabe hasta cuándo seguiría entregada a la pereza, si no la llamase repetidas veces su madre. [81]

Levántase Pepita con los ojos hinchados, de mal humor, torpe, en fin, con todas las señales de la pereza; y mientras se lava, almuerza y se viste, ya son las tantas y allá duermen en el cesto de labor los pañuelos que le tiene ofrecidos a su papá, y que nunca los acaba de bordar.

Cuando va el profesor de piano todavía no ha abierto ella el cuaderno de solfeo, con lo cual aprende la música muy despacio y muy mal.

Pepita debería ir al colegio; pero ¿quién la levanta a la hora conveniente?... Sus padres lo intentaron y desistieron, dando prueba notoria de debilidad, porque la señorita lloraba mucho y se desazonaba extraordinariamente, y temieron que enfermase. Ésta es culpable tolerancia, que hace más daño que beneficio a Pepita.

Por pereza no ha aprendido Pepita a leer hasta los siete años bien cumplidos, y por pereza, apenas sabe escribir y escribe tantos disparates como letras. Y tiene amigas que escriben una primorosa y gallarda letra, que saben de memoria bonitos libros, que hacen prodigios en toda clase de labores.

Pero ella todo lo hace tarde y torpemente, con lo cual no es muy lucido, que digamos, su [82] papel al lado de las niñas activas y trabajadoras.

Omito, por no mortificarla, otros detalles que acreditan su proverbial pereza; para que se comprenda cuán poderosa es en ella esa funesta influencia, baste decir que a las muñecas las tiene desnuditas, con muchos vestidos empezados y ninguno concluido; de manera que cuando hay recepción de muñecas en casa de alguna amiguita suya, cada niña se esmera en llevar las suyas vestidas con aquella decencia y elegancia que tan bien sienta, hasta en las muñecas. Pepita no puede presentar las que tiene, porque no ha de ir a llevarlas en cueros vivos o con unos vestidos medio hilvanados, de mal corte y peor hechura.

Parece una nimiedad, pero ¡qué funestas consecuencias puede tener para Pepita esa pereza que tanto la afea!

El tiempo se pasa rapidísimamente, y Pepita por su pereza deja de adquirir muchísimos conocimientos que le son muy necesarios y que echará mucho de menos andando el tiempo. Mira Pepita con cierta prevención todo lo que es trabajo, por fácil y aun por agradable que sea; no advierte que estos hábitos de no hacer nada pueden un día ocasionarle [83] grandes amargas y muchas penalidades, que evitaría seguramente si estuviese acostumbrada a la actividad, a la laboriosidad, que tan bien sienta, aun en las más elevadas y nobles señoras.

Pepita debe reflexionar que llegará día en que ella tenga que reemplazar a su madre en el cuidado y gobierno de la casa; entonces no sabrá hacer ni disponer nada, y si no hay quien le vaya a la mano, donde deban reinar el orden y la economía, no habrá más que desorden y despilfarro. También debe pensar que un día tendrá casa suya, será esposa, será madre y ¡ay de ella entonces, si todavía no ha tenido fuerza bastante de voluntad para sustraerse al fatal influjo de esa perversa costumbre de no hacer nada! Su marido no hallará agradable la vida al lado de mujer tan indolente, y sus hijos estarán poco menos que abandonados, y para mayor desgracia, heredarán el defecto de su madre.

Y me espanta pensar qué triste vida será la de Pepita si un golpe de fortuna la deja pobre y reducida a lo más preciso. Entonces sí que ha de maldecir su ignorancia y la maldita pereza.

Es, pues, indispensable de todo punto, que Pepita se corrija ella sola de esa mala costumbre, [84] para lo cual en la florida edad en que se halla no se necesita más que una buena voluntad, y estoy seguro de que cuando se acostumbre a levantarse temprano, a hacer las cosas sin dejarlas para mañana, a trabajar, a aprender cada día algo nuevo, verá muy pronto las grandes ventajas que esta actividad le ofrece, le parecerá amable el trabajo, fácil lo que juzgaba difícilísimo, agradable lo que le enojaba, y hasta ha de tener mejor humor, pues no hay nada que produzca tan enojoso hastío como la pereza.

Ya verán Vds. como dentro de poco tengo que escribir, en desagravio de Pepita la perezosa, un entusiasta artículo, haciendo el debido elogio de su laboriosidad, de sus progresos en la música, de su maestría en toda clase de labores y encareciendo lo mucho que ayuda a su madre en las faenas de la casa, haciendo ver claramente que ha de ser, en llegando la ocasión, un modelo de esposas y de madres inteligentes, celosa de su deber, encanto y alegría de su familia. [85]

Las dos cabras

Dos cabras, muy buenas mozas,
mas bastante presumidas,
por riscos y vericuetos
fueron a correr un día.
Iban juntas, pero luego 5
tomaron ruta distinta;
buscando por la montaña
las sabrosas florecillas,
ambas llegaron a un punto
donde un torrente vertía 10
sus aguas, brotando espuma,
sobre una profunda sima.
Para salvar el torrente,
un rústico puente había,
que era, aunque en extremo estrecho, 15
de utilidad positiva.
Las dos cabras a la vez [86]
pasar por él no podían
sino con grave peligro
de sufrir mortal caída. 20
Y sin embargo empeñáronse
¡Qué soberbia tan ridícula!...
En pasar las dos a un tiempo
por donde no se podía.
Allí se dijeron cosas 25
que no quiero repetir las;
se insultaron fuertemente,
y por fin de la porfía,
sin querer cederse el paso,
se arremetieron con ira, 30
y tras un breve momento
de contienda fratricida,
ambas fueron al abismo,
y allí murieron unidas,
sin que nadie las pudiera 35
socorrer en su agonía.

Niños, la soberbia vana
en la senda de la vida
es siempre origen de acciones
en que honra y vida peligran. 40 [87]

La niña triste
Así la llaman todos los que la conocen.

¡La niña triste!

Margarita, que así se llama, es muy rica, sumamente rica; tiene los más bellos vestidos, los mejores adornos, las más preciadas galas; con lo que valen podrían mantenerse años algunas familias. Su colección de juguetes representa una fortuna; de Francia, de Alemania, de Inglaterra, le trae su familia todos aquellos ingeniosos, delicados y sorprendentes juguetes que más pueden halagar a una niña de tan exquisito gusto como Margarita.

Si mis bulliciosos lectores pudieran ver la elegante habitación donde tiene sus juguetes Margarita, habrían de asombrarse muy mucho [88] de que niña poseedora de tales primores, de tan grandes riquezas, de tan variados y divertidos objetos de entretenimiento esté siempre triste.

Porque siempre está triste la pobre Margarita.

Estará enfermita, pensarán mis pequeñas, pero ya discretas lectoras.

Los médicos dicen que no lo está, hijas mías, y en la edad de Margarita suele la enfermedad no quitar la alegría a los niños; a quienes se la quita es a los padres, que no pueden ver indiferentes los sufrimientos de sus hijos.

Margarita tiene todo aquello que hace la [89] ventura de los niños y de los mayores también; preciosa casa, con jardín magnífico lleno de flores, coches elegantes, pájaros bellísimos que la conocen y vienen a comer en su mano, y le hacen mil monadas para festejarla y mostrarle su agradecimiento; en verano viaja, y ya en su tierna edad ha visto la Suiza, la Italia, todas las más bellas capitales, todos los prodigios de la naturaleza y de las artes.

¿Y está triste Margarita? volveréis a preguntar, donosas lectoras, empezando acaso a dudar de que sea cierto lo que os voy refiriendo.

Pues es la pura verdad; Margarita tiene en su peregrino rostro impreso el sello de la tristeza desde que nació.

No os había dicho que Margarita es bellísima; en su semblante no hay el más leve defecto; sus ojos son azules como el cielo; sus cabellos parecen de oro purísimo; sus labios tienen el color y la pureza de la rosa. Cuantas personas ven a Margarita quedan asombradas de hallar reunidas en ella todas las perfecciones físicas, y al mismo tiempo les impresiona la tristeza de aquellos ojos, de aquella sonrisa incomparable, que en vano os quiero describir. [90]

Margarita es objeto de los más afectuosos cuidados, y recibe, como podéis suponer, una educación esmeradísima.

Y sus maestros están encantados de ella.

Nunca han conocido mayor penetración, ni más facilidad para aprender, ni tan claro juicio, ni semejante precocidad, en fin.

Lee, y no lee con la indiferencia y el aturdimiento propio de la edad; lee pensando, lee pausadamente, dando todo su valor a la frase, juzgando con prodigioso acierto de los pensamientos que encuentra en el libro; lee como una mujer muy ilustrada y juiciosa.

Escribe, y no es fácil encontrar en lo que escribe faltas de ortografía, y las cartitas que dirige a alguna de sus tías cuando está ausente, no parece que las ha escrito una niña, sino una mujer muy discreta.

Bastan estos detalles para haceros comprender que Margarita es en todo extraordinaria.

¿Y por qué está triste esa niña? volveréis a preguntar con bien fundada curiosidad.

¿No tiene todo lo que puede hacerla feliz?...

¿No tiene talento, hermosura, riquezas, virtudes?... [91]

Todo eso posee en efecto; pero no tiene padres ni los ha conocido.

Considerad ahora si tiene fundamento su tristeza.

Tres meses antes de nacer Margarita, murió desastrosamente su pobre padre, hombre millonario, pero que tenía una ambición sin límites, no de riquezas, sino de poder y gloria, y esta ambición le llevó a morir en lo mejor de su edad. La desventurada viuda, un ángel, modelo de todas las virtudes, madre de los pobres y esposa amabilísima, murió tres meses después, a poco de dar a luz a la hija de su alma, sin tiempo más que para estampar un beso en la cara de la recién nacida.

¿Comprendéis ahora la tristeza de Margarita?...

Todos los bienes que la rodean no pueden compensar la falta que siente la niña en su corazón.

Esta falta, este infortunio, debo decir, es más sensible para Margarita, por efecto de su gran penetración, de su clara y precoz inteligencia.

Margarita se ve, aunque tiene cariñosas tías, sola en el mundo; mira con indiferencia todo lo de la tierra, todo lo mira con tristeza, [92] y sólo se dibuja una, sonrisa dulcísima en sus labios cuando levanta la mirada al cielo. En el cielo ve a sus padres; su madre la llama a su lado, y ella... ella quiere ir al lado de su madre, y siente en lo íntimo de su corazón que Dios va a llevarla al lado de su madre.

Por eso sonrío mirando al cielo, por eso lees indiferente todo lo que no es pensar en Dios y en sus padres.

Si ella pudiera disponer libremente de su fortuna, toda la cedería a los pobres. Dar limosna es lo único que parece alegrarla; los pobres ya la conocen, y cuando sale en carruaje con alguna de sus tías, ya se sabe que la niña va repartiendo monedas a todos los pobres que encuentra, no en la medida que ella quisiera, sino en la prudente y razonable que sus tías le aconsejan; ella no es capaz de desobedecer a sus tías en manera alguna, aunque la contraríen.

Ya os veo, queridas lectoras mías, apenadas al considerar que puede ser cierto el presentimiento que de morir pronto tiene la simpática incomparable Margarita, y también creo leer en vuestro pensamiento que ya no envidiáis sus juguetes ni sus riquezas, ni sus viajes, ni sus coches, porque vosotras [93] tenéis lo que vale más que todo eso, más que todo el mundo para vosotras, tenéis vuestro amantísimo padre, que trabaja y se afana por vosotras solamente, vuestra cariñosísima madre, que por vosotras sería capaz de todos los sacrificios.

Ella sí que os envidia a vosotras; ¡qué digo a vosotras! a la pobre niña mal envuelta en un pedazo de bayeta, que sonrío en los brazos de una mendiga miserable, que es su madre.

Cuando paséis, queridas niñas, cerca de alguna que, como Margarita, vaya en un coche magnífico, vestida con la mayor riqueza, no se os ocurra envidiarla, porque acaso sea tan desgraciada como la niña triste de quien os he hablado hoy, acaso no tendrá madre, acaso antes de nacer la haya herido el infortunio.

Ningún amor, hijas mías, puede reemplazar el amor de los padres; es ley natural que mueran antes que los hijos, porque cuando ya los hijos no necesitan su protección y cuidados en la tierra, van a protegerlos y a rogar por ellos en el cielo; cuando se ha vivido con ellos largos años, los hijos que ya han contraído otros deberes, que ya han formado otra familia, ven morir a sus padres con [94] honda pena, con agudo dolor, mas Dios temple este dolor y les envía resignación y fuerzas para cumplir los deberes a que están obligados; pero cuando no se han gozado las incomparables caricias maternas, cuando se ha carecido de ese tesoro de amor purísimo, que vierte sin cesar sobre sus hijos el corazón de una madre, entonces los niños de tan exquisita sensibilidad, de tan clara y precoz inteligencia como Margarita, viven tristes y viven poco.

Dad gracias a Dios que os conserva a vuestros padres, y pedidle fervorosamente que largos años aún los conserve a vuestro lado. [95]

La gallina de los huevos de oro
(Pensamiento de La Fontaine.)

A un gallego la fortuna
tanto le favorecía,
que una gallina tenía
singular como ninguna.

La gloria del gallinero 5
era la gallina hermosa;
le costó muy poca cosa
y le daba buen dinero.

Tenía en ella un tesoro,
pues cada semana un día 10
un solo huevo ponía,
pero era aquel huevo de oro.-

Fuera el hombre de su centro,
decía el muy animal:
-«No tengo duda, un caudal 15
tiene esa gallina dentro. [96]

¿Pues no es una gran sandez
ir cogiendo de este modo
el oro, si puedo todo
cogérselo de una vez?... 20

Así sin llegar a viejo
de trabajar dejaré,
y en un momento seré
el más rico del concejo.»

Esta idea sin reposo 25
al imbécil le traía,
que era el hombre cada día
más bruto y más codicioso.

Y una mañana temprano,
tanto el diablo le tentó, 30
que a la gallina mató
el grandísimo villano. [97]

Abriola, por sacar fuera
el oro de aquella mina,
mas por dentro la gallina 35
era como otra cualquiera.

Su codicia castigada

quedó, lector, de este modo;
lo quiso de una vez todo,
de una vez quedó sin nada. 40

Con su inmoderado afán
de fortuna repentina,
perdió el hombre la gallina,
la tranquilidad y el pan.

Niños, vicio es la codicia 45
que cien males trae en pos,
y que le castiga Dios
con su severa justicia. [99]

La enfermerita

Pepita ha sido la niña más mala que os podéis figurar.

Huérfana desde la más tierna edad, no pueden contarse los disgustos que ha dado a su pobre abuela, tan buena y tan cariñosa con ella.

Ella holgazana, ella desastrada, ella burlona, ella soberbia, ella amiga de hacer su gusto; en fin, en verdad os digo que la muchacha, aunque tan bella, era antipática a todo el mundo.

Su abuela, la pobre, la quiere mucho; ¿no la ha de querer si es hija de su hija, si es su misma sangre?... y todas las amarguras que le ha dado las ha sufrido resignada, aunque perdiendo rápidamente la salud. [100]

-Pronto quedarás sola en el mundo, decía muchas veces la abuela a Pepita. ¡Qué pena para mí salir de este mundo con el temor de que serás muy desgraciada!

Y tanto repitió estas frases la buena anciana, que al fin Pepita ha conocido, viéndola sufrir tanto, que ella es la culpable de los males de su abuela, con quien ha sido tan ingrata; y pensando en que puede faltarle el apoyo de la anciana, ha comprendido todo el peso que echaría sobre ella esta desventura.

Y Pepita, ya es otra niña; ahora cuida a su abuelita, quiere conservarle la vida y es muy buena.

Y la abuelita, que estaba muriéndose, empieza ya a recobrar la salud, y Dios querrá que la recobre completamente. La enfermedad de la vieja la producía la ingratitud de su nieta. Ahora que ve que su nieta ya no es ingrata, cobra ánimo y quiere vivir, porque la vida, con el amor de su nieta, le parece amable y hermosa.

No seáis, niños, ingratos con vuestros padres, porque seríais culpables de su muerte, que los padres y los abuelos no pueden vivir si les hiere la ingratitud, de sus hijos o de sus nietos. [101]

La vanidad

Cuando Luisita sufría alguna contrariedad, exclamaba:

-¡Qué suerte tengo! ¡Todo me sale mal! Lo que a mí me sucede no le sucede a nadie.

Un día le dijo su madre:

-Hija mía, tus continuas quejas, tus reproches, tu impaciencia, todo lo que dices con tan notoria intemperancia, prueba claramente tu vanidad. Imaginas, sin duda, que en el mundo todo está dispuesto para ti exclusivamente, y que eres el objeto de la particular atención de la Providencia. Si reflexionases un poco, en vez de quejarte tanto por las contadas contrariedades que sufres, darías humildemente gracias a la Providencia [102] por los muchos favores y beneficios que le debes.

Y no vuelvas a dejarte llevar de la vanidad, porque es tan ridícula como tu cólera. [103]

El tonto y el mal intencionado

Un tonto desdichado

a pedradas a un hombre perseguía,
Viejo, casi baldado,
que del tonto librarse no podía;
llamole el hombre y díjole: «Ya veo 5
que tienes mucho tino y gran bravura,
y para el apedreo
no hay otro como tú, se me figura.
Yo soy pobre, y muy poco puedo darte,
toma, pues, este escudo, 10
y vete a tirar piedras a otra parte.»
Dejole el tonto en paz, tomó el dinero,
y empezó bravamente
a tirar muchas piedras a la gente,
hasta que al fin cogiole un caballero, 15
y le dio una paliza soberana,
quitándole del todo [104]
la endemoniada gana
de divertirse solo de aquel modo.

Quien tus defectos, niño, no reprende 20
y te aplaude taimado,
no dudes que es un mal intencionado,
que por odio y venganza así te vende. [105]

La madrecita

Si vosotras, queridas niñas, conocierais a Luisa, estoy seguro de que habíais de amarla como yo; porque, en verdad os digo, que es Luisa una niña estimabilísima por todos conceptos.

Luisa vive en un pueblecito próximo a Madrid; no tiene madre, porque falleció al dar a luz al hermanito de Luisa, dejando desconsolado al amante esposo y llena de aflicción y profunda tristeza a la buena Luisa, que amaba tiernamente a su madre.

Momentos antes de espirar la, buenísima mujer, conociendo que llegaba su último instante, dijo a Luisa:

-Hija mía, a ti te encargo mi hijo y tu padre; tú debes ocupar mi lugar en la casa; [106] cuida mucho de tu padre y de tu hermano.

Estas palabras de la moribunda quedaron profundamente grabadas en la memoria de Luisa, y cuando vio muerta a su madre y aterrado a su padre bajo aquel golpe fatal, y abandonada la tierna criatura que acababa de nacer, con una voluntad y una firmeza superiores a sus pocos años, comenzó a cumplir el santo mandato de la desventurada esposa y madre.

El padre de Luisa es jardinero y gana lo preciso para mantenerse, cuidando de varios jardines en casas de campo, algunas de las cuales están distantes del pueblo de su residencia. Así es que la mayor parte de los días los tiene que pasar ausente del hogar; pero allí queda la incomparable Luisa, que enciende la lumbre, pone la comida, calienta la rica leche de cabra para su hermanito, se la da amorosísimamente, le limpia, le viste, le canta, le arrulla y le divierte. Y luego limpia la casa, cose, lava la ropita del niño y nada se le olvida y a todo atiende y en todo emplea la mayor actividad, el más completo orden, la más severa economía.

Y Luisa no tiene más que trece años.

Otras niñas de su edad entran en el portal de la modesta casa donde Luisa se sienta [107] a hacer media o a coser, junto a la cuna del niño, y la invitan a jugar con ellas.

-Yo tengo que hacer, les dice, algo más provechoso que jugar, jugad vosotras.

Y las niñas, viendo tan notable ejemplo de laboriosidad, tienen cierto respeto a Luisa, y, aunque no renuncian a jugar, suelen pasar largos ratos con ella que las entretiene

contándoles cuentos que ha leído en algunos libros que tiene su padre, porque Luisa no es una niña ignorante, que ya sabe leer y escribir, aunque sólo dos años fue a la escuela.

Cuando vuelve del trabajo su padre, encuentra ya la mesa puesta, y lo primero que hace su hija es presentarle el niño para que le dé un beso y le vea tan robusto, tan aseado y limpio y tan alegre; luego sirve la comida, que no por modesta y económica, deja de ser gustosa y bien sazonada.

Después de la comida, Luisa coge su cuaderno de cuentas, y le da a su padre la del gasto del día, y aunque no es mucho lo que su padre le entrega por la mañana para comprar lo necesario, siempre le sobra algo a Luisa, que tiene singular donaire para regatear, y consigue de los vendedores rebajas que ningún otro comprador obtendría.

Su padre tenía, antes de morir la madre [108] de Luisa, la costumbre de ir una horita de noche a una especie de tertulia en cierto despacho de vinos, donde alguna vez jugaba y perdía, aunque nunca pasaba la pérdida de un real o dos, o por no ser menos, tenía que pagar de cuando en cuando unas copillas a los compañeros; pero ya ha perdido esta costumbre, y se está en casa oyendo a Luisa, que lee correctamente curiosas historias y libros entretenidos de viajes, que le presta el médico del pueblo, hombre muy ilustrado y dueño de una selecta, aunque reducida biblioteca.

Luisa oyó algunas veces a su madre quejarse de la costumbre del marido de ir a la taberna, y en alguna ocasión presencié entre sus padres enojosas reyertas que tenían por origen la citada perniciosa costumbre. Con su privilegiado instinto de prudencia y previsión ha conseguido Luisa que su padre abandone un hábito por extremo arraigado en él, y que lo abandone gustosamente, sin la menor violencia, con la mayor espontaneidad.

Antonio, que así se llama el padre de esta niña, está contentísimo con su hija, y siendo tan pobre y ganando el pan con tanto trabajo, se considera venturoso, y a toda [109] hora da gracias a Dios por sus bondades para con él.

Y en verdad que debe juzgarse feliz teniendo por hija a la estimabilísima Luisa; y quien tal dicha goza no puede envidiar riquezas ni poder, ni cosa alguna en el mundo.

Bella, amable, virtuosa, prudente, trabajadora, Luisa puede servir de ejemplo, no sólo a las niñas de su edad, sino a muchas mujeres.

Yo voy muchas veces al pueblo de Luisa, porque viéndola en su casa, siento más satisfacción y más contento que viendo el lujo y el fausto de la capital. Aquella casita tan pobre, pero tan limpia, tan bien cuidada, parece un templo, y aquella niña tan apreciable, tan activa, tan preciosa, tan bien dotada de buen sentido, tan buena, en fin, inspira respeto y profunda simpatía.

El que se case con Luisa será el hombre más venturoso, y podrá considerarse muy honrado, aunque ella es tan pobre, porque llevará en dote lo que vale más que todas las riquezas del mundo, la virtud más acrisolada. [111]

El país de las tinieblas
(Apólogo.)

Antes del descubrimiento

del gran Cristóbal Colón,
que al mundo, con él ingrato,
un nuevo mundo le dio,
los hijos del polo Norte, 5
buscando abrigo y calor,
bajaron de las Américas
a la templada región.
De una de aquellas colonias
la tradición conservó 10
una historia peregrina,
que voy a contaros hoy.
En un islote apartado,
donde no entró nunca el sol,
y de cuyo estéril suelo 15
jamás el hombre logró [112]
fruto alguno saludable,
vivían en la inacción
hombres, mujeres y niños,
y en la miseria mayor, 20
miseria de cuerpo y de alma,
porque en aquella región
todo se ignoraba, todo,
y como bestia feroz
nacía y crecía el hombre 25
sin conocer a su Dios,
y como bestia moría,
sin consuelo y sin temor.
EL PAÍS DE LAS TINIEBLAS
aquel país se llamó, 30
nombre que se le aplicaba
con notable precisión;
porque allí, como ya he dicho,
jamás el sol penetró,
y eterna noche envolvía 35
aquella mansión de horror.
Secreto instinto, o sin duda,
piadoso el supremo Dios,
a un hombre de aquellas fieras
un pensamiento inspiró: 40
-«Debe haber más mundo que éste,

que es tierra de maldición,
dijo; y pensando, pensando,
al cabo se convenció
de que aquella tierra estéril 45
era del mundo un rincón
solamente, y de que el mundo [113]
era mil veces mayor.
Habló con sus compañeros,
y a algunos los convenció, 50
y convinieron gozosos
(que la fe les dio valor)
en salir de aquella tierra,
y en frágil embarcación,
hecha de groseros palos 55
(la fe se la fabricó)
ir por el mar adelante
buscando tierra mejor
que aquella donde vivían
sin la alegría del sol, 60
sin fresca hierba en los campos,
sin agua, sin una flor,
como animales inmundos,
y abandonados de Dios.

II

Los trabajos que pasaron 65
son muy largos de contar,
y por eso no los cuento,
para mayor brevedad...
Estuvieron en peligro
de que los tragase el mar, 70
y allí en medio de las olas,
y a merced del huracán,
aquellos míseros seres
no llegaron a cejar [114]
en su afán de hallar más mundo... 75
Y al ver con la claridad
del sol que se reflejaba
en el brillante cristal
de las turbulentas aguas
del embravecido mar, 80
de la pródiga natura
los prodigios sin igual.
La fe les prestaba aliento
en aquella inmensidad,

y era el anhelo de todos 85
ir más allá... más allá.
Llegaron -que siempre llega
El que tiene voluntad-,
y el pie en la tierra pusieron
con júbilo singular, 90
y para gozar entonces
suprema felicidad,
les faltaba solamente
amar a Dios inmortal,
y saber que a Dios debían 95
hallar premiado su afán.
Era el país más hermoso
que se pudo imaginar;
campos de fresca verdura,
de agua un claro manantial, 100
árboles de fruta llenos,
brisa agradable del mar,
abundante caza y pesca,
terrenos sin humedad,
cielo límpido y sereno-... 105 [115]
En fin, encontraron más
de lo que habían salido
de su rincón a buscar.

III

Pasó tiempo; aquellos hombres
vivían allí muy bien; 110
no les faltaba alimento
y buen agua que beber,
y sabrosísimas frutas,
tan dulces como la miel,
y sol que les animaba, 115
y les permitía ver
los encantos que en las obras
del Sumo Hacedor se ven. [116]
El cielo azul y sereno,
las altas montañas, que 120
parecía que a las nubes
las querían detener,
los pajarillos cantores
las flores que en un edén
convertían aquel sitio, 125
donde Dios quiso poner,

para regalo del hombre,
que hartó ingrato con Él es,
cuanto en su afán de placeres
le puede satisfacer... 130
Hicieron allí cabañas,
y encontraban cada vez
recursos que no creían
hallar en el suelo aquel:
hallaron oro y madera, 135
y comenzaron a hacer
mil objetos muy curiosos
y necesarios también,
y el hábito del trabajo
adquirieron, y con él 140
la virtud y la conciencia
sacrosanta del deber,
que el trabajo es el que al hombre
le hace ser hombre de bien.

.....
Pero viviendo tranquilos, 145
gozando el dulce placer
de la paz y del trabajo,
sin torpe envidia cruel, [117]
sin miserias y sin odios,
sin frío, ni hambre, ni sed, 150
mortal tristeza sentían,
y si preguntáis por qué,
que os conteste el que su patria
ha dejado alguna vez,
y vivido en otro suelo 155
que no le ha visto nacer.
Aunque su patria haya sido
injusta y dura con él,
y haya estado mal en ella
y fuera de ella muy bien. 160

IV

El mismo que salir quiso
de la triste oscuridad
de su país, dijo un día:
-«Vamos a volver allá,
no a vivir en las tinieblas, 165
sino a ver si los que están
allí, vienen con nosotros
el mismo bien a gozar,

que gozamos hace tiempo
con tanta felicidad... 170
Haciendo a todos dichosos,
el que es dichoso lo es más,
y sólo le falta, amigos,
a nuestra tranquilidad,
que nuestros compatriotas 175 [118]
gocen también dicha igual.»
Sólo otros dos compañeros
halló prontos a arrostrar
los peligros del viaje,
que eran grandes por demás. 180
Y confiados los tres
en su buena voluntad,
y alentados grandemente
por el generoso afán
de hacer a los que vivían 185
en el frío y la humedad
y en la mayor ignorancia
un favor tan singular,
al País de las tinieblas,
sin temer la tempestad, 190
ni los fieros huracanes,
ni los escollos del mar,
hicieron rumbo, ayudados
por el Señor inmortal,
que protege a quien practica 195
la sagrada caridad...
Llegaron, y aconsejaron
a todos abandonar
aquel país maldecido,
diciéndoles la verdad 200
de lo que habían hallado.
Mostraron pájaros, flores
y pedazos de metal,
para probar que decían
menos que la realidad. 205
-Venid, venid con nosotros, [119]
les decían, que allí están
la salud y la riqueza,
la virtud, la libertad;
y sabemos el camino 210
y allá os podemos guiar,
y allá viviremos todos
en dulce envidiable paz.»
-Somos viejos, contestaban
los unos. -Nosotros ya, 215

decían otros, tenemos
nuestras costumbres, y estar
aquí nos es ya más cómodo
que el ir de acá para allá.

-Nosotros, acostumbrados 220
a esta gran oscuridad,
contestaban otros, no
necesitamos ver más.

-Allí veréis mil primores.

-No tenemos mucho afán. 225

-Veréis el sol.

-Nos deslumbra,
si es tal como le pintáis.

-Tendréis oro.

-¿Y para qué?

-Sabréis lo que es trabajar.

-Pues si acá no trabajamos, 230
mejor estamos acá.

Para ir lo desconocido
tan lejos de aquí a buscar,
no queremos exponernos
al furioso vendaval, 235 [120]

y a perecer en un día
todos en medio del mar.

Aquí nacimos, aquí,
es claro, estamos muy mal;
pero tenemos costumbre 240
y no saldremos jamás.-

Y no salieron: los tres
que les fueron a buscar
volvieron desconsolados
sin poder lograr su afán, 245

siguiéndoles solamente,
con varonil voluntad,
las madres que sus hijuelos
empezaban a criar,
y les siguieron movidas 250

del santo amor maternal,
previendo para sus hijos
mejor porvenir allá
que el que tenían seguro
en aquella oscuridad. 255

Quedaron en las tinieblas
los que con no trabajar
ya se creían dichosos,
los que -¡horrible ceguedad!-
no sentían el deseo 260

de ver y de saber más.
Ésta, lector, es la historia
que te he querido contar,
el PAÍS DE LAS TINIEBLAS
todos lo conocen ya; 265
sus nombres son la ignorancia, [121]
que es el principio del mal,
y la indolencia, que al hombre
le priva de libertad,
de la santa independencia, 270
y del dulce bienestar
que dan el trabajo honrado,
el estudio y el afán
de honrarse honrando a la patria
con virtud y dignidad. 275

[123]

La mujercita de su casa

Da gusto ver a esa niña, hija de un excelente amigo mío que ahora es secretario del Ayuntamiento de... y sería el hombre más feliz del mundo, si no tuviera sobre sí la inmensa pesadumbre de haber perdido a su dignísima compañera hace pocos meses, la que le ha dejado dos hijos; la niña a quien consagro este artículo, y un niño, que nació dos días antes de morir la pobre madre.

Mi amigo Ramírez, que así se llama el padre de la niña, ha ocupado desahogada posición en Madrid, y no pensaba él por cierto hace algunos años que se vería en la precisión de aceptar una secretaría de Ayuntamiento en un pueblo insignificante para poder vivir. De la noche a la mañana, Ramírez [124] perdió su fortuna en la quiebra de un banquero, y quedó, como vulgarmente se dice, sin tener donde caerse muerto; solicitó colocación en su carrera de abogado, pero no la obtenía tan pronto como deseaba; las necesidades apremiaban, él no es de esos hombres sin decoro que viven de la trampa y el engaño, y antes de verse completamente sin recursos, y por consejo de su excelente esposa, distinguidísima señora tan resignada y digna en la desgracia como sencilla y modesta en la fortuna, aceptó el humilde pero honroso cargo que se le ofrecía; y contentos, y dando gracias a Dios, se trasladaron los esposos con su hija al pueblecito donde habían de establecerse y vivir hasta que Dios quisiera.

Pronto se acostumbraron a la vida del pueblo, tan distinta de la de Madrid, y antes de mucho tiempo casi habían olvidado su perdida riqueza, y se reían del Hijo y de las inútiles necesidades que trae consigo, y no cesaban de dar gracias a Dios por haberles inspirado tan recta y dignamente. La niña, que ya tenía cinco años cuando fue al pueblo, tampoco echaba de menos el lujo y las comodidades de su casa de Madrid, ni los bonitos juguetes, ni las funciones de teatro, ni siquiera los cochecitos del Prado. [125]

Era la de Ramírez una familia completamente feliz, y el secreto de esta felicidad no podía ser más sencillo; consistía en que los esposos se adoraban, y la niña amaba sobre todas las cosas de este mundo a sus cariñosísimos padres.

¿Cómo no habían de ser felices?

Dos años pasaron, que fueron los más dichosos de la honrada y digna familia. Muchas veces decía la buena esposa a su marido:

-En verdad te digo, que si no fuera porque nuestra hija no tendrá fortuna, diría yo a todo el que quisiera oírlo que me alegro mucho de que hayamos perdido cuanto teníamos.

-Lo mismo pienso yo, decía el bueno de Ramírez, tipo el más perfecto del hombre de bien.

Pero llegó un día que los esposos esperaban anhelantes: un día que había de ser complemento de su felicidad, el del nacimiento del hermanito de Ángela, que ya es hora de que os diga, queridos lectores, el nombre de la mujercita de su casa: la amante madre dio a luz un hermosísimo niño, pero ¡ay!, dos días después moría la desdichada en brazos de su desventurado esposo, que no murió de dolor, porque Dios no quiso que [126] se quedaran desamparados aquellos ángeles que dejaba en el mundo la infortunada madre.

El día antes de su muerte, ésta llamó a Angelita, y le dijo:

-Hija mía, si Dios me llamara al cielo, yo no tendría más remedio que obedecer, y entonces te quedarías aquí sola con tu padre y tu hermanito.

La niña rompió a llorar.

-No llores, hija mía, ¿pues no conoces que si Dios me lleva al cielo será por mi bien?... Lo que tendrás que hacer entonces es ocupar mi lugar en el amor de tu padre. Tú debes ser el consuelo de los dos; has de ser, en fin, una mujercita de tu casa, y yo, que te estaré viendo desde el cielo, te bendeciré mil y mil veces al día.

No ha olvidado Angelita estas palabras de su madre moribunda, y todo su afán es cumplir los deseos que en tan solemne ocasión le manifestó, e imitar en lo posible a la que tan buena había sido y que la está viendo desde el cielo.

Cuando voy a pasar unos días en casa de mi pobre amigo, que ya no quiere salir del pueblo, aunque podría ocupar una decorosa posición en Madrid, porque desea vivir allí donde está enterrada su compañera, me encanto [127] viendo a Angelita, y aunque la envidia es fea y abominable pasión, envidio a Ramírez la dicha de ser padre de una hija semejante. Ésta debe ser una suprema ventura, y yo siento no tenerla.

Una vecina, buena mujer, se ha encargado de criar al niño, huérfano de madre a los dos días de nacer; pero no hace más que darle de mamar y vestirle, y luego se va a desempeñar las obligaciones de su casa, porque ella tiene también marido a hijos.

Lo demás lo hace todo Angelita.

Ella tiene la casa como una tacita de plata; ella cuida de la ropa de su padre y de la del niño, y en último lugar de la suya, y aún le queda tiempo para hacer una colcha primorosa con el estambre que me encargó en una donosísima carta, y que yo me apresuré a enviarle hace algún tiempo; ella lleva la cuenta del gasto de la casa, y sostiene discusiones con la cocinera a propósito del gasto, en las que demuestra conocimientos matemáticos que no son muy del gusto, por cierto, de la susodicha cocinera, a la cual no le permite hacer otra cosa que la comida, y dentro de poco ni para esto la necesitará, porque ya sabe ella guisar muchas cosas, y espera convencer a su padre de que ha de [128] saberle mucho mejor la comida hecha por ella que hecha por la torpe cocinera; ella cuida de los animales que su padre tiene gusto en tener, y los animales la quieren con extremo; ella duerme al niño, le canta, le hace callar cuando llora, le hace mil monerías para que se ría el angelito, y es, en fin, una madrecita en miniatura, tan cuidadosa, tan vigilante, tan prudente y tan previsora como puede serlo una madre de larga experiencia.

Yo le llevo, cuando voy a verla, alguna muñeca. La niña la recibe con alegría, cosa natural en su edad, juega con ella un momento, pero pronto la abandona, pronto piensa que sus obligaciones de mujercita de su casa son incompatibles con las muñecas.

Figuraos, niñas mías, si estará contento con Angelita su papá.

-He sido el más infeliz de los esposos, me dice, por haber perdido a mi adorada María; pero, no lo dudes, soy el más feliz de los padres. Esa niña que ves junto a la cuna de su hermanito, es un verdadero prodigio de la naturaleza. No te puedes figurar hasta dónde llegan el orden, la economía, la prudencia, la fuerza de voluntad, la actividad, la virtud, en fin, de esa niña incomparable. [129] Algunas madres que tú y yo conocemos en Madrid, descuidadas, ignorantes que no pueden resistir el más ligero trabajo, que se fatigan pensando en las cosas de la casa, que dejan hacer su voluntad a las criadas, que no saben lo que es previsión, lo que es economía doméstica, podrían aprender mucho viendo a esta niña de siete años hacerlo todo, pensar en todo, cuidar de todo con la sencillez y la más encantadora naturalidad, sin hacer alarde de ello, sin fatiga, sin olvidar el más mínimo detalle, como una mujer de su casa. Cuando pienso que una enfermedad puede arrebatarme esta ventura, cuando pienso que mi hija puede morir... no sé lo que me pasa.

-Morirías tú también, le digo yo, pero Dios te la conservará; Dios te la ha dado como premio de tus virtudes.

Y no creáis, queridos niños, que esta admirable criatura no sabe más que cuidar de su casa; también sabe otras cosas muy útiles y propias de una niña bien educada; sabe leer y escribir con perfección, sin que se le escape una falta de ortografía, sabe doctrina cristiana, geografía, historia, lee los buenos libros que le compra su padre, y éste pienso regalárselo yo, primorosamente encuadernado, [130] con una dedicatoria en letras doradas que dirá

A la mujercita de su casa.

Temiendo estoy que le disguste que me haya atrevido a retratarla sin su consentimiento, porque modesta, humilde, sencilla, no gustará de que se pregonen sus virtudes, y acaso le mortificará este público elogio. Tenga paciencia mi querida niña, y sepa que yo no lo hago para satisfacción suya, sino para ejemplo de las demás.

Y Dios la bendiga, como la bendice su madre, desde el cielo, y en la tierra su padre y los pobres del pueblo y cuantos la conocen y saben lo mucho que vale. [131]

La niña del circo ecuestre

A los niños les gustan mucho los volatines y títeres, y algunos, por imitar lo que hacen en los Circos los acróbatas, suelen recibir grandes golpes.

El otro día mi amiguita Inés me contaba que había estado en el Circo, donde le había admirado la habilidad de una niña que, en pie sobre un caballo, hacía maravillas de agilidad. Y tan entusiasmada estaba Inés, y tanto se había prendado de la gracia de la niña y del bello y elegante traje que llevaba, que me dijo:

-Yo quisiera ser como esa niña, a quien todo el mundo aplaude en el Circo.

-¡Qué disparate! -exclamé. -¿Sabes tú lo desgraciada que es esa niña?... [132]

-¿Cómo desgraciada, sabiendo hacer tantas habilidades, y recibiendo tantos aplausos? Digo, y el dinero que ganará...

-Mira, Inesita, esa niña no tiene padre, era acróbata, y una noche, haciendo en el trapecio sus habilidades con la niña, colgada de sus pies, cayó y quedó muerto. Un milagro de la Providencia salvó a la hija.

-¡Qué horror!

-Pues no es eso todo; la madre también era artista ecuestre, y sobre un caballo en pelo recuerdo haberla visto hacer verdaderos prodigios de agilidad. Pues una noche, en París, estaba haciendo su trabajo, llevando a la niña en los brazos, y por no sé qué fatal circunstancia, el caballo se espantó, dio un bote, y lanzó de sí a la pobre mujer, con tan mala fortuna, que la infeliz dio con la cabeza en un poste del Circo, y algunas horas después moría dejando a la niña, que no recibió daño alguno, en la mayor miseria.

Una familia de gimnastas se hizo cargo de la criatura, comprendiendo que podría explotar su habilidad, y con esa familia vive la cuitada niña, y ten por cierto que es bien amargo el pan que come. La pobrecilla está enferma, porque el trabajo es superior a sus fuerzas; y ese rostro que ves en el Circo tan [133] alegre, animado y sonrosado, es fuera de

allí triste, melancólico, pálido. Ella se cambiaría por ti de buena gana; por cualquiera niña que tenga padres...

-¡Pobrecita!

-Ahora, dime si quieres tú ser, como ella, artista ecuestre.

-No, no; confieso que fue una tontería decir eso.

-Pues cuida, Inés mía, de no decir nunca tonterías, que dan muy mala idea de quien las dice. [135]

La niña trabajadora

¡Qué encantadora niña es Pilarcita! En verdad os digo que paso un rato agradabilísimo cuando voy a su casa, y allí me estaría el día entero conversando con ella y admirando todos los primores que me enseña.

Pilarcita es hija de un cumplido caballero amigo mío, perteneciente a la más alta y antigua nobleza. La niña será marquesa, como lo fue su madre, muerta hace pocos años, cuando apenas había cumplido tres mi incomparable amiguita. Su padre es inmensamente rico, y verdaderamente Pilar no necesita trabajar para tener todo género de comodidades, los mejores juguetes, los más costosos, y satisfechos todos los caprichos. [136]

Y, sin embargo, trabaja mucho Pilarcita, y si fuerais a su casa no la encontraríais nunca ociosa.

Otras niñas que tienen menos medios, compran las muñecas ya vestidas, y cuando alguno de los trajes se echa a perder por cualquier circunstancia, así se queda, si la mamá o la hermana mayor o la doncella no lo arreglan. Pilarcita no compra muñecas vestidas, porque ella tiene buenas y hábiles manitas para hacer los vestidos, las enaguas, las medias y los zapatos de sus muñecas, y seguramente que en ninguna tienda de juguetes de lujo hay muñeca alguna vestida con tanta elegancia como las que tiene Pilarcita, que ya posee de ellas hermosa colección, todas vestidas por ella, unas con traje de casa, otras con traje de visita, aquélla de salamanquina, ésta de catalana, la otra de baile, una de luto, otra de boda, etc., etc., que no es posible citar todos los trajes que ha confeccionado a estas fechas la hábil modista, cuyo buen gusto, podéis creerme, excede a toda ponderación.

Es relativamente extraordinaria la facilidad con que Pilarcita cambia, modifica y reforma los trajecitos de sus muñecas, y los pone iguales a los de los figurines de La [137] Moda Elegante. Cada cuatro o cinco días presenta a su papá una muñeca vestida con un nuevo traje, para demostrar su laboriosidad, y el Marqués se embelesa contemplando la obra de su hija, y con justo motivo se enorgullece de ser padre de tan peregrina criatura.

El año pasado, por Navidad, sorprendió a su padre con un obsequio agradabilísimo, que no sólo demostraba su habilidad, sino también su delicadeza de sentimientos y su ardiente caridad. El obsequio que hizo a su padre consistía en seis trajes completos para niñas de su edad, a fin de que el Marqués [138] eligiera las que habían de ser favorecidas con ellos.

¡Digno de envidia es, por cierto, el padre que tiene una hija de tan notables sentimientos!

-Lo que es yo, dice Pilarcita con encantadora gracia, cuando sea una mujer, no he de dar mucho que hacer a las modistas, y no he de gastar en vestirme tanto como otras, que no saben dar una puntada ni cortar un patrón. Y si Dios quiere que tenga dinero, lo que había de gastar en la hechura de mis trajes, servirá para que los tengan los pobres.

No sabe Pilarcita solamente coser y confeccionar vestidos; sabe también bordar y hacer media y encaje, como que sus muñecas llevan medias, y cuellecitos y puños, y volantes y adornos en los vestidos, y también arma sombreritos con suma gracia, copiándolos exactamente de los figurines. Los que ella misma usa son obra de sus manos, y no se ven otros más graciosos y más elegantes en el paseo.

No creáis que por esto descuida el piano o deja de aprender todo lo que constituye una buena educación. Pilarcita es muy ordenada y metódica, y así para todo le sobra tiempo. [139]

Con este orden, con este método, con esta laboriosidad, Pilarcita llegará a ser una excelente mujer de su casa, una esposa modelo y una madre que dará a sus hijos brillantísima y conveniente educación. Su afición al trabajo, su horror a la ociosidad, la librarán de toda distracción perjudicial, de todo pensamiento que no sea bueno y digno.

Vosotros acaso la admiraréis un día cuando la veáis ser nobilísima señora, ejemplo de virtud, honra dé su casa y gloria de sus hijos. Yo deseo a Pilarcita todo género de felicidades, y es seguro que Dios se las dará, premiando así sus buenas inclinaciones, que en tan corta edad tan brillantemente se manifiestan. [141]

Paquita la susceptible

Mucho quiero yo a Paquita, mi amiga y vecina, porque es una niña inteligente y que ama mucho a sus padres; y por lo mismo que la quiero tanto, siento doblemente que tenga un defecto enojoso, que hace sufrir a su mamá, y a ella misma le hace sufrir también. Pero confío en que Paquita sabrá corregirse pronto de ese defecto, que sin ser ahora de graves consecuencias, pudiera serlo más adelante.

-Y vamos a ver, preguntará el curioso lector: ¿cuál es el defecto de esa niña?...

-Es una extremada susceptibilidad.

-¿Y qué es eso? dirá la tierna lectora.

-La susceptibilidad en la donosa Paquita es una gran intolerancia, una exageración del amor propio, consecuencia precisa de lo [142] mucho que sus padres la han mimado y consentido.

Todas las niñas de la vecindad y otras amiguitas suyas quieren jugar con Paquita, porque ella es muy ingeniosa, y sabe juegos divertidísimos, y todas la quieren mucho.

Pues, señor, a lo mejor Paquita se separa de sus amigas, diciendo que no juega más, y pone un gesto muy desagradable, y por más que todas van a solicitarla y desenojarla, Paquita no se da a partido, bien que el día siguiente ya se le ha pasado el enojo, pero vuelve a enojarse como en la tarde anterior.

Esto le ha hecho perder ya la amistad de alguna niña, más juiciosa que ella y de carácter más formal, porque ¿saben Vds. lo que motiva el enojo de Paquita?... Háganse Vds. cuenta de que nada lo motiva. Enójase Paquita, por ejemplo, porque una niña habla bajo con otra y la mira a ella; enseguida se figura la señorita que las niñas están hablando de ella, burlándose, o cosa por el estilo; y en verdad que no hablaban de Paquita las dos niñas, sino de sus asuntos particulares. Pues ya la tienen Vds. con una vara de hocico, y Vds. me perdonen el modo de señalar, y ya no quiere jugar. Siguen las niñas jugando, y ella se va a un rincón, esperando [143] que le vayan a rogar para negarse a toda avenencia, cuando realmente ella es la que debía ir humilde a decir a sus amiguitas que le perdonasen su infundado enojo.

Este singular carácter de Paquita no se aviene nunca al gusto de los demás; Paquita no quiere que se la contraríe, porque al punto se ofende; pero, eso sí, ella no tiene reparo en contrariar a los demás y se enfada si no acceden a su deseo, lo cual demuestra claramente que Paquita es acérrima partidaria de la ley del embudo, que es la ley de los egoístas y voluntariosos.

Su mamá, con el derecho de madre amantísima, la reprende algunas veces, y la mimada niña se da por ofendida al momento y pone la mala cara que guarda para esas ocasiones y le dura el enfado todo el día, y cuando al fin su mamá va a acariciarla y contentarla, en lo cual no siempre obra cuerdate, aún se hace la niña la interesante y evita las caricias de su madre; acción pésima, porque demuestra ingratitud y dureza de corazón.

Ayer estuve en casa de Paquita, en ocasión de hallarse la familia en la mesa.

-Pues ¿y Paquita?... pregunté no viéndola. [144]

-Paquita, dijo la mamá en voz alta, no quiere comer.

-Pues, ¿está enferma?...

-De condición, sí señor.

-¿Qué tiene?

-Nada, que su papá ha tenido el singular atrevimiento de sonreírse porque la niña tomaba la sopa sorbiendo un poco más ruidosamente que lo que conviene; y amigo, la niña se ha ofendido altamente, y ahí la tiene V. en ese cuarto pensando que su dignidad ofendida no le permite hacernos el honor de comer con nosotros. No crea ella que nos enfadamos por eso, al contrario, si no quiere volver a comer, será una economía muy conveniente en estos tiempos.

Yo fui a buscar a Paquita, y aunque me quiere mucho, no pueden Vds. figurarse el trabajo que me costó reducirla a que volviese a ocupar su puesto en la mesa.

-Paquita, -le dije- esa susceptibilidad es una niñería impropia de quien tiene tan privilegiada inteligencia como tú. ¿Puedes creer que tu padre haya dicho eso con ánimo de mortificarte? No; si acaso, lo habrá dicho para corregirte de un defectillo, y por ello debías estarle agradecida.

La cogí de la mano y quise llevarla al comedor, [145] pero se resistió; y viendo que yo insistía, se tiró al suelo.

-Vamos, Paquita, eso sí que está mal hecho. No sólo eres susceptible, sino que también, lo que es peor, rencorosa y desobediente, y esto es porque no reflexionas, porque si reflexionaras te asustarías de conducirte de ese modo. Considera que si ahora, en tu tierna edad, te enojas por la más mínima cosa, interpretas todos los gestos, las miradas, las palabras de los demás, suponiendo que siempre te quieren ofender, ese defecto, cuando llegues a ser una mujercita, será ocasión para ti de grandes pesares. Un carácter como el tuyo hace reír a veces, y a veces irrita por insufrible; quien es tan susceptible como tú no puede ser justo nunca, y en cambio puede caer en los gravísimos defectos de la vanidad, de la soberbia. Vamos, Paquita, vamos al comedor, donde te esperan tus amorosísimos padres, a quienes tanto debes querer y respetar.

Pero todavía se resistía la señorita.

-Ya no insisto, -le dije- pero ahora mismo me voy a casa a describir tu carácter en un libro para los niños, en el cual voy a contar quién eres tú, presentando a la consideración de las piñas, que le han de leer, [146] todos tus defectos, poniendo tu nombre y apellido para que te conozcan, y sepan que eres una niña impertinente, que no se puede hablar ni tratar contigo, y así es seguro que no tendrás quien vuelva a acompañarte en tus paseos, y te quedarás completamente aislada. Esto es lo que les sucede a los niños, y a los hombres y a las mujeres que tienen un carácter como el tuyo.

Paquita se echó a llorar, y me confesó que si resistía ir al comedor era porque le daba mucha vergüenza.

-Pues me alegro mucho de que te dé vergüenza, porque ésa es infalible señal de que tú misma comprendes lo infundado de tu enojo, y lo ridículo de tu posición después de haber dado a tus padres por semejante niñería un disgusto.

-¿No me pondrás en el libro para los niños? -me preguntó gimiendo la donosísima arrepentida.

-No; es decir, yo hablaré de tu defecto para que otras se corrijan, pero no diré que el original de mi retrato tiene por nombre Paquita y por apellido...

-No, no; pon sólo el nombre. Habrá tantas Paquitas... que nadie sabrá que soy yo. [147]

El chico goloso y tragón

Venancio es un chico insoportable que, no lo puedo remediar, me inspira profunda antipatía, y sería para mí una gran pesadumbre tener un hijo semejante.

Para que no creáis que tienen disculpa sus defectos por la corta edad de Venancio, os presento la semblanza de este niño grandullón, en quien son indisculpables tan feas mañas.

Venancio es un glotón de primera categoría. Sin duda, cree el zángano, que los muchachos han nacido sólo para comer, porque él ni piensa en otra cosa, ni hay otra cosa que le guste tanto, ni está contento más que cuando come mucho, lo mismo que un animal, aunque hay muchos animales que, con [148] admirable instinto, sólo comen aquello que les basta, y cuando sienten algún malestar se guardan muy bien de comer.

Venancio está malo muchas veces, como es natural en todo el que come con exceso; pero por muy malo que esté siempre está pidiendo de comer; y es preciso, para que no insista, decirle que se va a morir; y yo creo, Dios me perdone, que si por algo sentiría Venancio morir sería porque en el otro mundo no se come.

El muchacho no tiene desperdicio: si le gusta comer, no le gusta menos beber, y, lo diré para que se avergüence, bien que yo dudo que tenga vergüenza, alguna vez se ha emborrachado, metiéndose en la despensa y echándose al colete media botella de Valdepeñas, y otro día se equivocó de botella y se tomó bonitamente, creyendo que era manzanilla, un trago de petróleo, con lo cual estuvo tan malo, que los médicos se vieron y se desearon para salvarle de la muerte.

¿Creéis que este percance le ha corregido?... No; le ha hecho más cauto para no equivocarse de botella.

El muchacho anda siempre acechando a ver si se descuida la mamá y deja abierta la despensa, para entrar a buscar lo que no se ha perdido, [149] y cualquiera presumiría, al ver con qué afán come lo que roba, que sus padres no le dan de comer lo suficiente.

Ver comer a Venancio en la mesa con sus padres, causa verdadero disgusto. Siempre pide más de todo, mira con envidioso afán los platos de los demás, creyendo sin duda que han sido más abundantemente servidos que el suyo, limpia los platos con tanto primor

como el perro, come el pan a bocados, y quien le ve comer, se pregunta dónde le caben al diablo del muchacho tanto arroz, tantos garbanzos, tanto de todo. Como no le preocupa otra cosa que comer mucho, no sabe comer; es decir, que come de una manera grosera, rebaña los platos, empuja con los dedos lo que no coge fácilmente con el tenedor, y demuestra, en fin, el poquísimo caso que hace de las lecciones de buena educación que le da su padre.

A mis lectores, tan comedidos y prudentes, y tan atentos a los buenos consejos de sus padres y maestros, les parecerá imposible que haya niños como Venancio. Por desgracia los hay; que no es Venancio el único que yo he conocido.

Venancio no tiene sólo el vicio de la glotonería; tiene otro más feo y ridículo, es goloso, [150] tanto que rebaña los platos donde los demás hermanos han comido como él, o quizá menos que él, su parte de dulce, y hasta lame las fuentes o computeras en que lo han servido. Esto y la glotonería es ocasión de muchas enfermedades, y ya ha probado esta verdad el mismo Venancio, y los hombres que tienen tales vicios suelen en general terminar sus días prematuramente; sobre todo, el vicio de la embriaguez es el más indigno y degradante y bochornoso en que puede caer el hombre para ser el ludibrio y la mofa de todo el mundo, y lo que aún es peor, cometer acciones vergonzosas, o causar daños considerables, de que luego tenga que arrepentirse cuando recobre la razón.

¡Cuántas veces os habréis reído, queridos niños, viendo en las calles hombres borrachos, haciendo ridículas contorsiones, diciendo barbaridades, blasfemias acaso, y rodeados de turbamulta de gente aviesa y mal intencionada que contempla con regocijo al miserable, y le llena de denuesos, y le arroja lodo o le hace caer, que no necesita muchos empellones para caer el que está borracho!...

¿Puede haber situación más triste para un hombre, que, por humilde que sea su clase, [151] debe tener la dignidad y el decoro propios de un ser racional?...

Muchos de los crímenes que se cometen tiene por origen el feísimo vicio de la embriaguez, y por él hay muchas familias perdidas, en la miseria, porque el borracho no es ni buen padre, ni buen hijo, ni buen obrero, y pierde a la vez que la inteligencia y el amor al trabajo, toda idea noble, y desconoce sus más sagrados deberes.

Compadeced, pues, a Venancio, que pudiendo ser un muchacho trabajador, útil, simpático, es un glotón con sus puntas y ribetes de goloso y borrachín, holgazán, dormilón, torpe y sin vergüenza.

Como en estos retratos me he propuesto pintar los vicios, para que huyáis de ellos, y las buenas cualidades, para que las imitéis, tiene que haber en la colección retratos feos y hermosos. Los primeros os gustarán menos seguramente, pero considerad que es útil que los conozcáis. [153]

Los pobres

Amparo había ido a llevar ropa usada a unos niños pobres que vivían en la vecindad, y al volver dijo a su madre:

-Mamá, esos niños no merecen ser socorridos.

-¿Por qué, hija mía?

-Porque en cuanto les he dado la ropa, los tres han empezado a disputar groseramente. Mire V., son unos chicos muy malos.

-No, no lo creas; esos pobres chicos no son malos, sino simplemente ignorantes. No [154] hay que pretender que tengan urbanidad y delicadeza, los que no han recibido ninguna educación. Es, pues, preciso tolerar con mucha bondad y paciencia las faltas de esos pobres seres, compadecerlos sinceramente, y procurar con el más cariñoso interés su ilustración y su bienestar. [155]

Blasillo
Historia de dos niños

(Imitación de la Condesa de Segur.)

I

Triste está el pobre Blasillo,
y está tan ensimismado,
que su madre cariñosa
el desayuno le trajo,
y ni siquiera lo prueba, 5
aunque se pirra el muchacho
por la leche sana y pura
y por el tierno pan blanco.
-Hijo, ¿qué es lo que te pasa?...
¿Qué tienes, hombre? ¿estás malo?... 10
Así le dice su madre,
a quien le pone en cuidado [156]
el aspecto melancólico
que está en el niño notando.
-Madre, dice, lo que tengo 15
es que hoy vienen nuevos amos,

y puede que buenos sean;
pero, a ver, ¿y si son malos?...
-¡Toma! ¿Y eso es lo que piensas?...
¿Y a ti que te importa?... ¡Vamos! 20
¡Cuando yo digo que son
los demonios los muchachos!...
¿Quién adivinar podía
que en eso estabas pensando?
-Pues sí, señora, lo pienso, 25
y estoy temiendo algo malo.
¡Ay, madre! Buenos señores
eran los que se han marchado,
tan dulces, tan cariñosos
cuando nos mandaban algo... 30
No podré olvidarme nunca
del señorito Santiago...
Más que señor parecía
mi compañero, mi hermano;
siempre me daba juguetes, 35
y aunque siempre iba tan majo,
no se desdeñaba nunca.
De ir conmigo de la mano.
Cuando se marchó lloraba,
es decir, los dos llorábamos 40
y al vernos llorar, sus padres
me abrazaron, me besaron,
y, yo lo vi, sí, señora, [157]
también se fueron llorando.
Pero si tanto sentían 45
irse, ¿por qué se marcharon?...
-Se fueron porque quisieron,
porque han vendido el palacio.
-¿Por qué le han vendido?
-Mira,
no preguntes más, muchacho, 50
y no te ocupes en cosas
que no te importan un rábano.
Los mismos amos que vienen
de Madrid nos encargaron
por carta, que en nuestro puesto, 55
como siempre continuáramos;
es decir, no nos despiden,
y ya estamos obligados
a estarles agradecidos;
pues bien pudieran echarnos, 60
y poner otras personas
donde nosotros estamos.

Ya ves, pues, que tus temores
son temores infundados.
y si amos buenos perdimos, 65
buenos amos encontramos.
-Pues mire usted, lo decía
porque ayer esos lacayos
que han venido con los coches,
estaban juntos hablando, 70
y de los amos hablaban
muy mal.

-Pues si ellos hablaron [158]
mal de los que los mantienen,
tú no debes imitarlos.
-De quien dijeron más pestes 75
es del niño don Ricardo,
el hijo de los señores,
que dicen que es lo más malo...
Que se incomoda por todo
y que suele maltratarlos; 80
que es embustero y cobarde,
y tiene en el cuerpo el diablo,
y un orgullo, una soberbia,
que cuando un pobre criado
no le dice don, le tira 85
lo que primero halla a mano.
En fin, no le pueden ver,
según creo, ni pintado,
y le donen mucho miedo.
-¿Le tienen miedo esos zánganos?... 90
¿Miedo a un niño?... No lo creas...
Ellos si que son malvados
cuando de ese modo ultrajan,
al que es hijo de sus amos.
Hijo, lo que tú has de hacer 95
es ser bueno y bien mandado,
y obedecer a tus padres,
y no tener nunca tratos
con lacayos ni cocheros,
ni llegar nunca al palacio 100
de los señores que vienen;
y si vas, sólo en el caso
de que ellos te llamen. Antes, [159]
el señorito Santiago
te llevaba a que jugaras 105
con él en su mismo cuarto,
pero tú y él por sus padres
estabais autorizados;

hoy es ya muy diferente;
y si el niño don Ricardo 110
no tiene iguales costumbres,
no hay razón para quejarnos.
-¡Eh! ¡Que vienen los señores!...
Llegó un jinete gritando;
diga usted, buena mujer, 115
¿Usted es la portera?... Claro;
por esa facha he debido
conocerlo... Pues, andando,
abra usted pronto la verja,
que a escape vienen los amos, 120
-Bueno, la abriré enseguida.
-¿Y el portero?...

-En el palacio,
arreglando unas macetas
en el pórtico... ¡Mariano!...
No me oye. Corre, Blasillo, 125
lleva a tu padre el recado
de que ya los amos vienen;
y que venga aquí volando.
A correr echó Blasillo,
y ya iba a entrar muy ufano, 130
cuando cuatro lacayotes
fueron a atajarle el paso,
y con descorteses modos [160]
le dijeron: -¡Eh, muchacho!
Largo de aquí. -Soy de casa. 135
-¿Tú de casa?... -El hortelano
y portero, que está dentro,
Es mi padre.

-Mamarracho,
si no te vas de aquí pronto,
te moleremos a palos. 140
-Vengo a decirle que venga,
que madre lo está esperando.
-Pues tu padre, tú y tu madre
os podéis ir con mil diablos,
y cuando tú venir quieras 145
a poner el pie en palacio,
vístete como nosotros,
con corbata y guante blanco,
que no entran aquí granujas
sin camisa y sin zapatos. 150
Oyendo tales ultrajes,
iba a responder airado
Blasillo; mas le contuvo

el temor de que algo malo
pudiera sobrevenir 155
A sus padres adorados,
y adonde estaba su madre
volvió con vergüenza y llanto,
y le refirió la escena,
Y -¡Ya ve usted qué criados!... 160
Le dijo: -Sí así son ellos,
¿qué tales serán los amos?

En esto el padre, que había [161]
sabido que su hijo amado
le buscaba, ya corriendo 165
venía desde el palacio:
y llegó oportunamente,
pues al mismo tiempo entraron
los coches en que venían
los señores; fue tan rápido 170
el paso de los carruajes,
que Blasillo pudo al paso
ver solamente dos niños
muy bien vestidos, muy guapos,
una niña que con gracia 175
le saludó con la mano,
y un niño que seriamente
le miró de arriba abajo.
Un cuarto de hora después
vino un lacayo llamando 180
a Mariano, que era el padre
de Blasillo, porque el amo
algo que decir tenía
al portero y hortelano.
-Al punto voy, dijo el padre, 185
que estaba un poco escamado,
temiendo que le quisieran
despedir los nuevos amos.
entrose en su portería,
sacó sus mejores trapos, 190
los de las fiestas mayores,
y limpio de cara y manos,
fue el buen hombre a presentarse
con todo respeto al amo. [162]

II

-Buenos días, señor conde, 195
al entrar Mariano dijo,

y por el conde el portero
fue en verdad bien recibido.
Era todavía joven
el conde, un hombre muy fino, 200
de muy simpático aspecto,
y cortés y distinguido.
-Muy bien de usted me han hablado,
le dijo, y por eso mismo
he venido con propósito 205
de tenerle a mi servicio.
-Muchas gracias, señor conde.
-Creo que tiene usted hijos.
-Uno solo.

-¿Grande?

-Tiene

Diez años.

-¿Sí? Como el mío; 210

Pues quiero, señor Mariano,
que me mande usted aquí el chico.

-¿Para qué?

-¡Bella pregunta!

Porque lo quiero, y confío
que hará usted lo que le manden. 215

-Es que antes mandé aquí el niño
y los lacayos le echaron [163]
brutalmente.

-Señor mío,

lo que yo mando ha de hacerse.

-Y yo me honraré muchísimo 220
en servir al señor conde;
mas no quisiera que el hijo
de mis entrañas viniera
a sufrir aquí desvíos,
Malos tratos...

-¿Qué se entiende? 225

Si hay algún criado indigno
que maltrate aquí al muchacho,
no le faltará castigo.

Y luego tengo otro escrúpulo;
aunque traten con cariño 230
a Blas, al fin esos hombres
hablan mal, son poco finos
y dicen mil desvergüenzas;
y no quiero que Blasillo
aprenda el lenguaje innoble 235
de las cuadras y otros sitios.

Quedose mirando el conde

al portero, reflexivo,
y luego con tono afable
le dijo: -Yo tengo un niño 240
también, y el de usted deseo
que acompañe siempre al mío;
pero tiene usted razón,
que no venga aquí Blasillo;
yo haré que mi niño vaya 245
a buscarle; dos amigos [164]
serán; quiero que se quieran,
y estén conformes y unidos.

-Tal deseo, señor conde,
nos favorece infinito, 250
y fuera en mí gran infamia
no mostrarme agradecido.
-Vaya usted con Dios, y tenga
por seguro su destino
en mi casa; que yo siempre 255
al hombre de bien estimo.

Mientras los padres hablaban,
ya estaban juntos los chicos,
ya el señorito Ricardo,
habiendo hablado a Blasillo, 260
hízole cien mil preguntas
a que contestó el buen niño
con discreción y cordura,
como un muchacho de juicio.
-¿Vamos a jugar?

-El caso 265
Es que mi padre querido
me encargó que hiciera un ramo,
y voy a hacerlo ahora mismo,
para el señor Conde.

-Bueno;
luego lo harás,

-Es preciso 270
que a mi padre le obedezca,

-No eres poco tonto, chico;
vamos a jugar al aro
y verás qué divertido. [165]

-Para que juegue, mi padre 275
no me ha dado su permiso.

-Te lo mando yo; y o juegas
o te pego.

-Señorito,
eso de pegarme...

-Mira

a ver, ¿quién podrá impedirlo?... 280

-Yo mismo...

-¡Tú mismo! ¡Toma!

Y no seas atrevido.

Un bofetón iba a darle,
pero retiró Blasillo
la cabeza prontamente, 285
y el otro, en justo castigo
cayó de bruces, hiriéndose
en la cabeza. A sus gritos [166]

acudieron los criados,
y el taimado señorito, 290

-Que Blasillo me ha pegado,
decía con grandes gritos.

Id a decir a papá
que vosotros lo habéis visto.
Los lacayos embusteros 295
al punto fueron solícitos
a contar al señor conde
lo que era un embuste indigno.

El conde llamó al muchacho,
le reprendió muy altivo; 300

pero Blasillo, sereno
mirándole de hito en hito,

-Es mentira, señor conde,
cien y cien veces, le dijo;
y si don Ricardo miente 305

yo la mentira abomino;
quiso, sin razón, pegarme;
confieso que anduve listo
y evité el golpe; cayó,
y él solo, él solo se ha herido. 310

Esto pasó, señor conde,
y todo lo que le han dicho
los criados, lo dijeron
por orden del señorito.

Viendo el conde tal firmeza 315
en el simpático niño,
comprendió la acción indigna
de Ricardo, y en castigo
le dijo: -Ricardo, ahora [167]
vas a pedir a Blasillo 320
perdón de la mala acción
que con él has cometido.

-¡Oh! No señor, señor conde,
exclamó Blas, no permito,

ni yo estoy incomodado 325
por eso. -Y con gran cariño
acercose Blas al otro,
Que estaba allí muy mohíno,
y le dijo: -Don Ricardo,
ya pasó; somos amigos, 330
dije la verdad, porque
yo siempre la verdad digo.
Pero el joven don Ricardo
tenía muy mal instinto,
porque aquella misma tarde 335
en el jardín reunidos
él y su hermanita Julia,
por el más fútil motivo
quiso pegar a la niña:
y lo iba a hacer el inicuo, 340
cuando Blasillo, indignado,
al punto corrió a impedirlo.
Fue la cuestión porque Julia,
niña de carácter tímido,
muy amante de las flores, 345
llevó a mal que su hermanito
fuese arrancando las rosas,
los claveles y los lirios,
acción fea y reprobada
que denota mal instinto. 350 [168]

III

Blas, al ver el mal carácter
del señorito Ricardo,
que era travieso, embustero
aturdido, mal hermano,
y soberbio y egoísta, 355
con los débiles osado
y tímido con los fuertes,
formó un concepto muy malo
del hijo de sus señores,
y pensó, prudente y canto, 360
que evitar su compañía
debería con cuidado;
mas Ricardo le buscaba
o le llamaba a palacio,
y no acudiendo Blasillo, 365
se enfurecía el muchacho
y enviaba el señor conde

a buscarle a los criados,
y ya remedio no había,
Blas, sumiso a su mandato, 370
tenía que acompañar
contra su gusto a Ricardo.

Una tarde los dos chicos
fueron a dar por el campo
un paseo, y en un pueblo 375
que estaba muy cerca entraron,
al pasar por una calle
Blasillo, muy descuidado, [169]
no vio detrás de una verja
dos magníficos alanos 380
fieles, terribles guardianes;
que verlos causaba espanto,
y Ricardo que los vio
quiso dar un susto magno
a Blasillo, y empujole 385
contra la verja, y milagro
fue que no dejó Blasillo
en aquel trance una mano
en la boca de algún perro,
porque los dos se arrojaron 390
a la verja con tal furia,
que, a no estar allí encerrados,
de fijo que a los dos chicos
los hubiesen devorado.

-Estas bromas, señorito, 395
dijo Blas, yo no las gasto
Con nadie.

-¡Qué! ¿Te incomodas?

¡No eres poco delicado!...

-No, señor, no me incomodo...

-No olvides que soy tu amo. 400

-Un amo para esas bromas...

No está nunca autorizado.

-¡Vaya, chico, que parece
que te he causado algún daño!...

Todo ha sido sólo un susto... 405

-Es verdad, ya se ha pasado.

-Así me gusta, Blasillo,
que no seas nunca huraño. [170]

-Pero usted no debe ser
nunca mal intencionado. 410

Siguieron en su paseo
y del pueblo se alejaron
ya como buenos amigos,

entretenidos hablando.
Ya la noche estaba encima, 415
y que era razón pensaron
volver otra vez a casa,
pues debían con cuidado
estar los padres de Blas
y los padres de Ricardo. 420
Mas éste un grito de pronto
lanzó, transido de espanto,
y «¡Mira!» dijo a Blasillo,
a una tapia señalando.
Hallábanse los dos niños 425
delante del camposanto,
y sobre la tapia había
un bulto, un dragón acaso,
que intentaría arrojarse
sobre los chicos airado. 430
El pobre Ricardo estaba
lleno de miedo, temblando;
Blasillo, más animoso,
fue, se bajó, cogió un canto,
y con singular acierto 435
arrojole y dio en el blanco;
oyose como un bufido,
cayó el bulto de lo alto
y todo quedó en silencio: [171]
y el medrosillo Ricardo 440
ni a respirar se atrevía;
se figuraba el cuitado
que iba una legión de sombras
a salir del camposanto
y a él y a Blasillo juntos 445
los llevarían volando.
-Pues yo he de ver, dijo Blas;
qué animal o que espantajo
era el que estaba en la tapia;
y echó a correr como un gamo, 450
y el otro, por no estar solo,
le siguió, bien que temblando.
Empezó a buscar Blasillo
por el suelo con las manos,
y las levantó de pronto 455
al sentir los arañazos
que le dio con mucha furia
un demonio, digo un gato
que allí estaba moribundo,
herido por el cantazo; 460

y al mismo tiempo, queriendo
apartarse el buen Ricardo,
cayó con tan mala suerte,
que el pobre animal luchando
con la muerte, le arañó, 465
dejándole ensangrentado
el rostro; y fue tal su miedo,
que le acometió un desmayo,
y quedó como difunto,
inmóvil, rígido, helado. 470 [172]

IV

No volvió en sí en mucho tiempo
Ricardo de aquel gran susto;
Blasillo, muy alarmado,
hizo el pobre cuanto pudo;

llamábale con cariño, 475
que era sincero y profundo
el que tenía a Ricardo,
aunque éste, soberbio y duro,
era con él muchas veces
extremadamente injusto. 480
A los ayes de Blasillo
acercáronse allí algunos [173]
campesinos, y Ricardo,
en el suelo, inmóvil, mudo,
no daba señal de vida. 485
-El muchacho está difunto,
dijo un pastor.

-¡Ay, Dios mío!

Dijo Blasillo convulso.
Si él ha muerto, también quiero
morir aquí al lado suyo. 490
-¿Qué ha de estar muerto, babeiaca?
Exclamó el tío Abundio,
un pastor de mucho peso
y muy prudente y sesudo.
Veréis que pronto se pone 495
tan derecho como un huso
el muchacho, que no tiene
más que un cerote mayúsculo,
es decir, lo que se llama
Mieditis en todo el mando. 500

Fue Abundio a la fuente próxima,

llenó el jarro, volvió al punto,
roció con agua a Ricardo,
que antes de medio minuto
los ojos abrió y la boca, 505
respiró fuerte, y se puso
en pie, con gran algazara
de todos los allí juntos,
viéndole Blas vivo y sano,
su alegría no contuvo; 510
quiso abrazarle y besarle;
mas Ricardo, altivo y brusco, [174]
rechazole, dirigiéndole
los más groseros insultos,
y atribuyéndole, aleve, 515
culpas que en verdad no tuvo.
-Quítate, bribón, malvado,
le dijo; déjame, tuno,
que aquí me trajiste sólo
para darme este gran susto. 520
Tus padres y tú de casa
saldréis pronto, te lo juro.
¡Cuidado que cada día
eres, Blasillo, más bruto!
Y Blasillo avergonzado, 525
y más que airado, confuso,
escuchaba estos dislates
y estos reproches injustos;
y cuando Ricardo en casa
refirió, mintiendo mucho, 530
a su padre lo ocurrido,
y hecho el padre un energúmeno,
iba a pegar al muchacho,
éste, con respeto sumo,
dijo al conde: -Señor conde, 535
yo me espanto y me confundo
oyendo mentir al niño,
y que miente lo aseguro
por la vida de mi madre,
y que Dios me deje mudo, 540
si en todo lo que ha pasado
malas intenciones hubo
de mi parte; los dos somos [175]
culpables, pues fuimos juntos,
y alejarnos no debimos. 545
Por esta falta es muy justo
que perdón los dos pidamos;
pero por nada del mundo

a don Ricardo hacer quiero
nunca, nunca, daño alguno. 550
Oyó el conde estas razones,
y no le contestó al punto;
creyó que más que de un niño
eran de un hombre maduro.
Y cedió, como otras veces, 555
al irresistible influjo
que en él Blasillo ejercía;
que nunca vio niño alguno
tan sincero y tan prudente;
y sensato y noble orgullo 560
tuviera seguramente
si a Blas, hijo de un palurdo,
en lo digno y lo juicioso
pudiera igualarse el suyo.
-Vete, Blasillo, a tu casa, 565
no se hable más del asunto;
pero a suceder no vuelva
lo que, si hoy os lo disculpo,
otra vez merecerá
castigo muy fuerte y justo. 570 [176]

V

Al pueblo el siguiente día
llegó temprano un francés,
que iba ganando su vida
haciendo a las gentes ver
notables habilidades 575
de dos elefantes, que
muchos prodigios hacían,
difíciles de creer:
al amo siempre obedientes,
se ponían en un pie, 580
y él se tendía en el suelo,
y ellos por encima de él
pasaban sin tropezarle;
y era peligroso a fe
exponerse a ser pisado 585
por tan monstruosos pies.
A los elefantes sabios
todo el mundo los fue a ver,
y Ricardito el primero,
y el buen Blasillo después, 590
y una fiesta para todos

el espectáculo fue;
nunca allí se vio un cuadrúpedo
de más tamaño que un buey,
y las gentes no creían 595
pudiera en el mundo haber
animales tan enormes, [177]
de tan fuerte y dura piel,
con una trompa flexible
y larga para coger 600
las cosas, y hasta un muchacho,
que así lo hicieron también;
y el muchacho a quien cogieron
pasó el rato más cruel,
creyendo acaso, inocente, 605
que le querían comer:
el francés al señor conde
le suplicó la merced
de guardar los animales
en una gran cuadra que 610
estaba desocupada
en un corral, y aquí fue
cuando el travieso Ricardo
una gracia pensó hacer.
Cuando se fue todo el público, 615
dijo Ricardo a Blas: -Ven,
que vamos a divertirnos.
-¿Y qué es lo que intenta usted?
-Verás: por esa ventana
de la cuadra, ya lo ves, 620
saca un señor elefante
la trompa...
-Es verdad. ¿Y qué?
-Quiero que le demos algo.
-Pues yo aquí debo tener
un poco de pan.
-Pues dáselo. 625
-Y que le sabe muy bien. [178]
-Otra vez pone la trompa
por si le dan otra; vez.
Yo le voy a dar ahora
otra cosa.
-A ver, ¿qué es? 630
Subió en un banco Ricardo
y sacando un alfiler,
al animal en la trompa
le picó fuerte con él.
El elefante enseguida 635

la trompa volvió a esconder.
-Anda, saca la trompeta,
o la trompita, anda, ven,
decía don Ricardito
con deseos de volver 640
a picarle; el elefante.
Sacó la trompa otra vez,
y al ir a picar Ricardo,
descargó con furia en él
toda el agua que en la cuadra 645
pudo de un cubo coger
con la trompa, y me le pliso
como nuevo; mas no fue
eso lo malo tan sólo,
sino que le hizo caer 650
del banco donde se había
encaramado, y a fe
que muy cara le salió
la broma del alfiler. [179]

VI

De tal suerte arrojó el agua 655
a Ricardo el elefante,
con tal rabia, con tal fuerza,
que muy bien pudo matarle
cuando lanzole del banco
donde estaba encaramándose: 660
cayó el muchacho de espaldas,
se hizo daño en todas partes,
y el patio, la casa, el pueblo,
aturdía con sus ayes.
Acudió gente solícita, 665
cuando Blasillo, ayudándole,
calmábale y auxiliaba
para que se levantase.
Y en cuanto vio que acudían
los criados de su padre, 670
entre gritos y sollozos
a Blas comenzó a culparle
de haberle obligado a verse
en tan apurado trance.
-Tú quisiste que le diéramos 675
de comer al elefante.
-Es verdad, pero usted quiso
con un alfiler picarle.

-Mentira, no le he picado.
-Pues ¿por qué quiso vengarse 680
de usted?... Yo tengo leído [180]
que son esos animales
sumamente inteligentes,
y demasiado bien saben
quién es quien no lea maltrata 685
y quién el daño les hace.
En esto, llegando el conde,
quiso saber los detalles
de aquella nueva aventura,
que pudo costarle 690
a Ricardo, y, como siempre,
a Blas hizo responsable.
Porque todos los criados,
deseosos de agradarle,
acusaron a Blasillo, 695
que en vano fue a disculparse,
pues con el bastón el conde,
irritado amenazándole,
si no se escapa de allí pronto
le da un palo formidable. 700
Mas oyose agudo grito,
y luego una voz suave,
voz tan dulce y tan simpática
como si fuera de un ángel
que dijo: -Papá querido, 705
Blasillo no es el culpable.
Por la Virgen, no le pegues,
por la Virgen, no le mates,
que sólo ha sido Ricardo
el que irritó al elefante, 710
y yo desde mi ventana
he visto bien este lance: [181]
Ricardo a Blas atribuye
siempre todas las maldades,
y las travesuras tuyas 715
quiere que Blasillo pague.
Esto no es justo, papá,
y es un pecado muy grande.-
Así dijo la hermanita,
y tranquilizó a su padre, 720
quien llamó al punto a Blasillo,
y con tono más afable
le reprendió por haber
inquietado al elefante,
exponiendo así a Ricardo 725

a tan peligroso lance.
Calló el prudente Blasillo
ante injusticia tan grande;
dirigió a su defensora
una sonrisa inefable 730
de agradecimiento, y todo
lo fue a contar a su padre.
-Mira Blasillo, le dijo,
ese chico, ese tunante,
causa será de que al cabo 735
llegue un día que me enfade
y nos vayamos de aquí,
con la música a otra parte.
El conde no le corrige,
y como el muchacho sabe 740
que su padre es un padrazo
y que no ha de castigarle.
Cada día es más traviesa... [182]
Dios quiera que en siendo grande
no haga a su padre pagar 745
caras las debilidades
que tiene con él; que siempre
sufren castigo los padres
cuando a sus hijos queridos
educarlos bien no saben. 750

VII

Una tarde el buen Ricardo
cogió el amable jumento
de los padres de Blasillo,
y montando en él ligero,
por el valle y la montaña 755
le quiso dar un paseo.
Llegó a sitio donde había
un charco largo y estrecho,
y el burro detuvo el paso
y quedó, como diciendo 760
que entrar allí no quería:
pero Ricardo era terco
y le dio tales cachetes,
que el pollino, de ira ciego,
entró en la balsa de un salto, 765
y el salto tan violento
fue, que el apuesto jinete
llevó un revolcón tremendo.

Y allí, en el agua estancada,
de cieno quedó cubierto, 770
mientras el pollino a escape [183]
salió por el campo suelto.
Y en tanto el pobre Ricardo
empezó a sufrir horrendos
dolores; como que estaba 775
llenito su frágil cuerpo
de voraces sanguijuelas,
que hallaban buen alimento
en su sangre. El pobre chico
el grito puso en el cielo, 780
y Blasillo oyó sus voces
y al punto fue a socorrerlo.
Estaba el pobre Ricardo
horrible dolor sufriendo,
y al verle sufrir, Blasillo, 785
que era compasivo y bueno,
olvidando sus agravios,
no tuvo más pensamiento
que prestar auxilio pronto
a aquel muchacho travieso. 790
Tiritaba allí Ricardo,
con mil trabajos saliendo
de la balsa, y que llegaba
creyó su postrer momento;
y, como suele decirse, 795
no era el caso para menos.
Lleno de lodo y de fango,
empapado hasta los huesos,
y picándole voraces
las sanguijuelas el cuerpo, 800
estaba el pobre Ricardo,
que daba compasión verlo. [184]
-Quítese usted ese vestido,
le dijo Blasillo, y luego
póngase el mío; que es malo, 805
pero en esta ocasión bueno,
Pues no tiene sanguijuelas,
y está limpio y está seco.
-Yo no me pongo ese traje
tan ordinario.

-No apruebo 810
que en esta ocasión tan crítica
aún quiera usted ser soberbio.
Cambiemos pronto de traje,
y calme sus sufrimientos.

Usted es más delicado 815
que yo, porque yo estoy hecho
a todo, y las picaduras
de esos bichos no las temo.
Que el sol, el aire y las nieves
mi cutis endurecieron. 820
Convencido al fin Ricardo
soltó su vestido nuevo
y se puso el de Blasillo,
que aunque era de tosco lienzo,
era en aquella ocasión 825
mejor que de terciopelo.
Y como el pobre Blasillo
a quedarse no iba en cueros,
el de Ricardo se puso,
aunque manchado de cieno, 830
y con tantas sanguijuelas,
que pasarían de ciento. [185]
y así a la casa del conde
los dos muchachos volvieron.
¡Qué sorpresa para el padre 835
cuando vio llegar con zuecos
y la ropa de Blasillo
al orgulloso arrapiezo,
que en vestir bien y elegante
tuvo siempre tanto extremo! 840
-¿Qué es esto?... le dijo el conde,
¿Quién ese traje te ha puesto?
¿De dónde vienes, muchacho,
tan derrotado y maltrecho,
con ese traje indecente, 845
y esa cara y ese gesto?...
¿De quién es ese vestido?
Contesta pronto, o te advierto
que en un año no te quitas
ese vestido grosero, 850
y en el desván o en la cuadra
por dos semanas te encierro.
El chico, que era cobarde
y pusilánime y crédulo,
viendo irritado a su padre, 855
empezó, lleno de miedo,
a inventar a su manera
una mentira, un enredo,
que le hiciera irresponsable
en aquel grave suceso. 860
-Es que fuimos a la balsa,

Dijo al fin.

-¿Y allí te has puesto [186]
ese traje?

-Es que Blasillo,
quiso que un baño nos diéramos.
-¿En la balsa?... ¡Qué locura! 865
-¡Sí, señor!... Yo dije «Bueno»;
y los dos nos desnudamos...
-¿Y os bañasteis?... ¡Dios eterno!
-Yo, sí señor.

-¿Y Blasillo?
-Blasillo, al verme ya dentro, 870
fue y cogió toda mi ropa
y se la puso corriendo,
y se vino, allí dejándome...
Yo, por no venir en cueros,
he tenido que ponerme 875
su ropa...

-¡Mientes!

-No miento.

-Tan absurdo es lo que cuentas,
que no es posible creerlo.
-Pues sí, señor, así ha sido.
-¿Insistes en que es lo cierto? 880
-Sí, señor, pues, si no, ¿cómo
su ropa me hubiera puesto?
Llamó el conde a sus criados,
en justa cólera ardiendo,
y les dijo: -En este instante 885
vais a decir al portero
y hortelano que se vaya
de mi palacio al momento.
Y que no pretenda verme, [187]
y si prorrumpe en denuestos, 890
quiero que le echéis a palos.
Volved a decidme presto
que él, su mujer y su chico
están de mi casa lejos.

Tembló el inicuo Ricardo, 895
y tuvo remordimiento
por su proceder infame,
y las consecuencias viendo
de la grosera impostura
con que a Blasillo, tan bueno, 900
pagaba el gran beneficio
que de él recibió; mas ciego
por su maldita soberbia,

como era osado en extremo
para el mal, era cobarde 905
para el bien; y así, en silencio
oyó de su padre airado
aquel mandato severo,
que dejaba a una familia,
que era de honradez modelo, 910
abandonada a su suerte
y perdida sin remedio.
Así pagaba Ricardo
el cariño verdadero
que le demostró Blasillo, 915
tan amable en todo tiempo
con él, y siempre indulgente
Con sus vicios y defectos,
Y leal siempre y humilde,
y a defenderle dispuesto. 920 [188]
Acción tan abominable,
proceder tan torpe y feo,
demuestran bien claramente
los mezquinos sentimientos
que abrigaba el desdichado 925
en su corazón perverso.
De tan odioso carácter
no toméis, niños, ejemplo.

VIII

Pronto fueron los criados
del conde, más que ligeros, 930
a despedir con mal modo
al pobre padre, que, ajeno
a todo lo que pasaba,
cavando estaba en el huerto.
-¿Cómo es posible, decía, 935
después que supo el suceso,
que Blasillo haya podido
hacer lo que estáis diciendo?...
Mentís todos; miente el conde,
y mentirá el mundo entero, 940
si todo el mundo a Blasillo
culpa de un hecho tan feo.
Voy, a ver al señor conde,
y le diré que no es cierto
lo que a Blas se le atribuye 945
por un infame embustero.

viendo su actitud resuelta,
los criados, con gran miedo,
obedecer intentaron [189]
las órdenes de su dueño; 950
y enarbolando garrotes,
arrojar de allí quisieron
al pobre padre, que al punto,
en justa cólera ardiendo,
se preparó a defenderse 955
abalanzándose ciego,
al primero que halló cerca
y tendiéndole en el suelo;
y mal lo hubieran pasado
todos, si en aquel momento 960
no hubiese llegado Blas,
que, hijo cariñoso y tierno,
corrió a salvar a su padre,
viéndole en tan grave riesgo.
Abrazole, y los criados 965
en el mismo instante huyeron,
que era peligroso habérselas,
aunque fuesen muchos ellos,
con un hombre tan valiente,
y de unos puños tremendos.

IX

Por dicha pudo Blasillo 970
hacer comprender al conde
la verdad, porque en su cuerpo
las picaduras mostrole
que en el pantano le hicieron [190]
las sanguijuelas feroces. 975
Y admiró la sangre fría
y los sentimientos nobles
del niño, que así pagaba
las viles acusaciones
y los malos tratamientos 980
de Ricardo, siempre torpe,
siempre cobarde y rastrero,
siempre indigno del buen nombre
de su padre, que, en verdad,
era por sus condiciones 985
de carácter, ¡pobre padre!
Aunque tan rico, bien pobre,
pues no hay mayor infortunio

que tener un hijo indócil,
altivo, falso, embustero 990
y de aviesas intenciones.
Era así el joven Ricardo,
y si algún tiempo engañose
el padre amante, creyendo
que eran exageraciones 995
las faltas y los defectos
del que iba a heredar su nombre,
tantas pruebas y disgustos
convenciéronle a la postre.
Fue el conde esta vez severo, 1000
cogió al chico y encerrole,
y túvole en una cueva
cuatro días con sus noches:
días la quinta tarde, estando
Blasillo cogiendo flores 1005 [191]
para la condesa, oyó
que Ricardo daba voces
llamando desde la reja
de la cueva. Blas entonces,
débil siempre y generoso, 1010
corrió a la cueva y abriole,
ofreciéndole que iría
a pedir perdón al conde;
pero el perverso muchacho,
en vez de mostrarse dócil, 1015
arrepentido y sumiso,
con él arremetió a golpes.
Volcó el carro en que llevaba
Blasillo tiestos y flores,
y en el jardín de su padre 1020
produjo un destrozo enorme.

X

El carácter de Ricardo
era tan arisco y fiero,
y estaba tan consentido
por sus padres el mozuelo, 1025
que toda contrariedad
le hacía terrible efecto.
Así fue que al punto mismo,
que salió de aquel encierro,
Ricardo, febril, nervioso, 1030
y lleno de hiel el pecho, [192]

no pudiendo, como hubiera
sido su mayor deseo,
vengarse en su mismo padre,
que llega a tales extremos 1035
un hijo desobediente,
sin religión, sin respeto,
y acostumbrado a que nunca
su voluntad halle freno,
vengarse quiso en Blasillo 1040
y en su hermana, que por cierto
era la donosa niña
un angelito del cielo.
Mas Blasillo, siempre noble,
siempre generoso y bueno, 1045
viendo que a su hermana misma
injustamente el perverso
trataba, su defensor
fue con singular denuedo.
Y a la niña a todas partes 1050
acompañaba, impidiendo
de esta suerte las proezas
del hermanito soberbio.
Dios no deja sin castigo
al malo, así como premio 1055
da siempre al que manifiesta
tener buenos sentimientos.
Ricardo, a los pocos días
de abandonar el encierro,
sintió malestar profundo 1060
en la cabeza y el pecho,
y hubo de quedarse en cama [193]
y hubo de llamarse al médico,
Que le encontró por desdicha
gravísimamente enfermo. 1065
-¡Pobre niño! dijo al padre,
que estaba de angustia lleno.
¡Pobre niño! dificulto
que pueda tener remedio.
No es fácil que yo os explique 1070
las penas y los tormentos
que los padres de Ricardo
en aquel día sufrieron.
Vosotros, que tenéis padres,
y que habréis estado enfermos 1075
comprendéis seguramente
qué terrible afán, qué intenso,
dolor vuestros padres sufren

al miraros en el lecho,
por la enfermedad postrado, 1080
pálidos, calenturientos.
Muchos días de Ricardo
la vida corrió gran riesgo,
y Blas en aquellos días;
con tierno y con dulce afecto, 1085
fue del que era su enemigo.
El más asiduo enfermero.
Y le cuidó de tal suerte,
con tanto amor y respeto,
con tan inmenso cariño 1090
y tan singular esmero,
que mejor el mismo padre
no hubiera, podido hacerlo. [194]
Dios no quiso que muriera
el niño arisco y travieso; 1095
sólo quiso castigarle
para corregirle luego.
Ya estaba convaleciente
Ricardo, pero travieso
como siempre y aturdido, 1100
y caprichoso y ligero,
se atracó de fruta un día

y cayó otra vez enfermo,
y su mal era tan fuerte
que declararon los médicos 1105
que el milagro de salvarle
sólo Dios podía hacerlo.
Allí Blasillo las noches
pasó sin ceder al sueño; [195]
y una vez que despejado 1110
Ricardo estaba y despierto,
vio a Blasillo de rodillas,
Y oyó que con dulce acento
de esta suerte se expresaba:
«Virgen mía, yo te ruego 1115
que la salud le devuelvas
y a sus padres des consuelo.
Yo prometo, Madre mía,
si logro lo que deseo,
rezarte todos los días, 1120
ser tu esclavo, y ser tan bueno
que has de tenerme por uno
de tus hijos predilectos.
Madre mía, yo soy pobre,

nada valgo y nada tengo... 1125
muera yo y viva Ricardo,
y seré feliz muriendo.»
La Virgen hizo el milagro.
Ricardo en muy corto tiempo
mejoró notablemente 1130
y pudo dejar el lecho,
y arrepentido de veras,
contó a todos el suceso,
admirando de Blasillo
los hidalgos sentimientos. 1135
Más milagro que salvarle
fue sin duda hacerle bueno,
formal, prudente, estudioso,
caritativo y discreto.
Blasillo y Ricardo siempre 1140 [196]
amigos íntimos fueron,
y los dos a ser llegaron,
dos hombres de gran provecho,
en quienes resplandecían
virtud, honor y talento. 1145

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo